

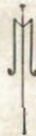
A

CR
923
N973*

BANCO NACIONAL DE COSTA RICA



TRES ENSAYOS
DE
FRANCISCO MARIA NUÑEZ



150 AÑOS DE INDEPENDENCIA

1821 — 1971

Kaiyib Jayanthi
BANCO NACIONAL DE COSTA RICA

EN HOMENAJE A LA PATRIA
CON OCASION DE CONMEMORARSE EL CL ANIVERSARIO
DE SU EMANCIPACION POLITICA
(1821 — 1971)
OFRECE A SU CULTA CLIENTELA
TRES ENSAYOS BIOGRAFICOS
DE CIUDADANOS QUE TUVIERON UNA
BRILLANTE ACTUACION
EN LOS ALBORES DE LA REPUBLICA



Dr. don José María Castro Madriz

AL LECTOR:

Consta este libro de tres ensayos breves en torno a la obra de ciudadanos que tuvieron una actuación muy destacada en los albores de nuestra vida independiente.

El que corresponde al doctor don José María Castro Madriz es una bellísima pieza literaria, digna de ser conocida y difundida. Los otros dos, si bien presentan la gestión de hombres tan controvertidos como Carrillo y Morazán, no por ello dejan de ostentar un interés de carácter histórico innegable.

Los tres trabajos, según nuestro modesto criterio, ofrecen una visión muy objetiva de los hechos tratados, a la vez que logran en forma excelente el fin que se proponen: mostrar la labor realizada por aquellos a quienes les correspondió las primeras gestiones del Estado naciente.

Creemos, con sinceridad, que el Banco Nacional de Costa Rica, al adoptar como suya la suprema función de propagar la cultura, se honra y prestigia con una publicación de esta índole.

El culto lector, a no dudarlo, la ha de acoger complacido, y estará de acuerdo en reconocerla como un homenaje a la Patria en el sesquicentenario de su independencia.

Prof. BORIS MOYA.

ASPECTOS DE LA VIDA Y DE LA OBRA DEL DR. DON JOSE MARIA CASTRO M.

1.—EL POLITICO Y EL HOMBRE DE MUNDO

Al iniciar este ensayo sobre algunos de los aspectos de la vida y de la obra del doctor don José María Castro Madriz, deseo reafirmar mi criterio frente al análisis de los hombres públicos que han pasado a la Historia. No admito la glorificación incondicional y mucho menos he de crearme tipos de super hombres. Pensar en que un varón, por muy ilustre que fuera y por muy noble que hubiera sido su actuación, carezca de lunares, sería elevarlo a la categoría de santo. Y aún para canonizar se somete a juicio a los candidatos. En todo el universo y en toda obra humana localizamos luz y sombra.

Admiro con simpatía la ejemplaridad que se aprecia en muchos de los actos del doctor Castro Madriz, a quien hoy honramos, justamente, por lo que realizó en bien de la patria, por lo que tuvo de constructiva su obra de gobernante y por la devoción con que sirvió a Costa Rica y el culto que le inspiraron sus instituciones. Por ese civismo que lo llevó a respetar la libertad de imprenta, de pensamiento; por su fe en la instrucción pública y sus particulares empeños por elevar la cultura de la mujer, —como fuente de todo bien social—; por la vehemencia y sinceridad con que defendió la inviolabilidad de la vida humana y finalmente, para compendiar todos sus merecimientos, que le reconozco y admiro, por su gran espíritu ciudadano, por su exquisita gentileza y por sus méritos intelectuales.

Fue un hombre culto y de magníficos modales. Todo en él era cortesía. Pudo caer en el otro extremo, el exceso en las zalemas. Pero su cultura era reflejo de su interioridad. No le dieron tanto la escuela ni la Universidad, como el Creador. Y la mejor educación, de todas, es la auto educación; y el mejor sistema educativo, es el que surge de nosotros mismos, por imperativo de nuestras aspiraciones y por determinación de nuestra voluntad. Así lo comenta León Cabrera en su Filosofía de los Valores. Y así lo siento yo, que creo firmemente que somos educadores de nosotros mismos.

Traía, desde la cuna, un afán y un don de superioridad. Por eso se empeñó en elevar las condiciones del medio a la altura de su propia personalidad y en superar su misma altura, con ser tan apreciable. Era pobre el medio social y cultural costarricense. Y como tenía fe en la obra del hogar, en la misión redentora de la mujer, se desveló por darle instrucción. Al hogar confió la tarea de mejoramiento social. Rompió con la tradición y con los prejuicios y señaló a la Patria nuevos rumbos, alentando una superior preparación de las futuras madres. Su palabra cobra alcances proféticos, cuando piensa y habla sobre el futuro de Costa Rica, por obra de la cultura.

¡Ah! Cuánto vale un gobernante culto, que ha sabido pulir su propia vida, mediante las lecturas, los viajes y la acumulación de su propia experiencia. El doctor Castro, en esa actitud personal, quiso ser arquetipo, ejemplo vivo. Por eso labró su propio pedestal, porque ennoblecio su vida, preocupándose de las vidas de todos sus conciudadanos. Haciendo república.

Fue el orador de la época. Pese a que era grandilocuente y se sobrepasaba en sus gestos, dando a la palabra mayor vuelo y animándola con tonos suaves y fuertes, a los que reservaba la penetración y el convencimiento. Su romanticismo daba color a la idea y lo recargaba tanto, que al leerlo hoy, a lo largo de su época, parece adolecer de relumbrón. Pero era el estilo de entonces, que él sabía manejar con maestría. Si resucitara Castelar, el gran maestro de la oratoria española del siglo pasado, de seguro se preocuparía por cambiar de forma. El historiador don Cleto González Víquez, tan discreto, lo tilda de altisonante. Más severo el otro historiador, Monseñor Sanabria, califica uno de sus discursos de “verboso e inoportuno”. Empero, también acepta que fue él “nuestro trapito de dominguero por más de treinta años”, haciendo suya la frase de uno de los apologistas del doctor Castro.

Es admirable don José María, sin duda, por sus empeños en favor de la instrucción pública y por ese sentido que tuvo de la libertad de imprenta, que mantuvo contra viento y marea, sin arredrarle ni siquiera los vaivenes de la política, las críticas acerbas de los enemigos ni las instancias repetidas de los amigos para que cortara esa libertad, en beneficio de su propio bienestar. En esos dos aspectos, —si es que no tuviera tantos otros que lo elevan y lo engrandecen—, nadie puede osar poner en duda su mérito, pese a cualquier error impuesto por su función de político.

La política no agrió el temperamento apacible del doctor Castro, siempre afable y parsimonioso. Había una aspiración: el respeto a la vida humana; al derecho ajeno. Por eso fue campeón de la lucha contra el cadalso, y por eso mismo, frente a la sonrisa de un niño, se descubría reverente, explicando su actitud en frase ejemplar: —“Saludo en él, a la majestad del hombre”.

Fue un político avezado. No se sentía bien fuera del ejercicio de gobierno. Gobernaba directa o indirectamente. Y cuando no podía ejercer su función política, de dirigente y orientador de los destinos de la nación, se refugiaba en su casa, se consagraba a sus libros, sin escatimar el análisis de los hechos que se iban sucediendo. Cuando arreciaba la tormenta, se volvían los ojos hacia él. O él mismo salía de su pasividad para entregarse a la tarea, que era su placer: gobernar.

2.—LA FE DEL DOCTOR CASTRO EN LA LIBERTAD DE IMPRENTA

Mucho se equivoca quien crea que la autoridad es más firme cuando se apoya en la fuerza que cuando se brinda en el cariño, apuntó Terencio. De esto debió tener claro concepto nuestro don José María, porque no vaciló, ni ante las demandas de los palaciegos o de los amigos insinceros, pero medrosos, que le pedían acallar a la prensa, ponerle mordaza o candado, para que su administración no perdiera prestigios ni estuviera amenazada por la insurrección.

Es preciso determinar el sentido filosófico del doctor Castro, en este punto. Sabía que la ley del progreso es la libertad; comprendía que la fórmula del progreso, en todos los tiempos y en todos los pueblos siempre se ha resumido en el mismo principio: la libertad. Por eso la democracia consagra la libertad en todas sus manifestaciones: la expresión del pensamiento en la tertulia o la asociación; en la tribuna o la prensa. Del esplendor de esta libertad surge el respeto a todas las otras libertades humanas. El doctor Castro quiso que el pueblo costarricense comprendiera y disfrutara siempre del derecho a la libertad, como un atributo; un legado de los mayores, reafirmado en las tertulias patrióticas; como la gloria de la ciudadanía y el honor de los gobernantes. Costa Rica debe mantener esa tradición de libertad!

Padre y Campeón de la garantía de la emisión del pensamiento, lo llamó el doctor Páez. ¿Qué título mejor? ¿Cómo pensar en que pueda

opacarse la memoria de un varón que tuvo tan grandes preocupaciones, así pase una centuria o discurran los siglos? El doctor Castro tiene ganado su derecho a la inmortalidad.

¿Lo ha olvidado su pueblo? ¿Ha tardado la glorificación máxima? Es posible que las generaciones que se han sucedido, poco entrenadas en la Historia Patria, y no viendo materializadas en piedra o ladrillo, las obras del doctor Castro, apenas si le recuerdan como a uno de los gobernantes del siglo pasado. Pero la República, —su República,— no lo ha olvidado. Ni podrá olvidarlo, sin caer en error y des prestigio. Esto explica el movimiento de opinión pública que se promovió al cumplirse el centenario de su nacimiento, el año 1918, y el que ahora se aprecia, con motivo del Centenario de la República. Como quería Ibsen, él marcó su vida entera con el sello de su personalidad. Lo más grande que puede realizar un hombre. Fue un señor y por ese tinte aristócrata que lo caracterizó, quizá el pueblo lo vio desdeñosamente.

¡Pero vive su recuerdo! No está muerto para la patria. Porque sólo está muerto, de verdad, lo que se olvida, al decir de Sassone. Y aquí estamos evidenciando que el olvido no se ha convertido en la pátina de la losa que cubre sus despojos mortales.

Un periodista de la talla del general don Rafael Villegas, ya desaparecido, —y que lo trató en vida,— reconoce y exalta la personalidad del Dr. Castro por su respeto al derecho y la libertad. “A dos entidades morales, dice, rindió constante y fervoroso culto el Dr. Castro: al deber y al derecho. Porque es un deber, de políticos caballeros, acatar el derecho y dar amplia libertad. No se crea que es graciosas concesiones que se hace al pueblo, al reconocerle sus derechos y otorgarle toda clase de libertades. No. El pueblo es el soberano y por eso, no sólo pide y exige el respeto a la libertad, sino que la conquista cuando se le niega o mezquina. Cuando, los amigos de espíritu torcido, que suelen acercarse a los gobernantes, le pedían que acallara las voces de la oposición, el doctor Castro les repuso, sin hacer esfuerzo dialéctico, ni forzar su conciencia: “A la prensa se le combate con la prensa”.

Comprendía y se ufana de que la libertad de la prensa sea una conquista gloriosa de la civilización. He aquí, reafirma Villegas, “el tipo del hombre público eminentemente liberal”.

Pero si respetaba y estimulaba la libertad de la prensa, no menos leal se conducía con las otras libertades: con el enemigo era tolerante

y compasivo. Sabía perdonar y disimular los extravíos de los políticos empecinados. En su función de gobernante, tenía la capacidad suficiente para respetar el derecho de los otros; el derecho a ejercer su propio derecho.

Para mí, con cuarenta años de labor de periodismo, este solo aspecto de la vida y las actuaciones del doctor Castro, le hace acreedor al recuerdo y la veneración de su memoria. Los hombres de gobierno, de todos los tiempos, tendrán en él; en sus actos constructivos, un ejemplo inmarcesible. En las tertulias patrióticas —que organizara el Padre Arista, en los comienzos de la vida independiente costarricense—, se reafirmó el derecho de expresión; el de pensar y el de criticar las actuaciones políticas. Allí consolidaron los costarricenses de ayer su culto a la libertad. Que ese culto que es derecho consagrado y es tradición generosa, sea por toda la vida, el símbolo de la democracia nuestra.

3.—EL DOCTOR CASTRO CONTRA EL CADALSO

En muy contados casos se aplicó, en Costa Rica, la pena capital. El muro que sirvió para los ajusticiamientos, lo conocimos cubierto de musgo y de líquenes por el abandono, y un día ya lejano, se derribó por innecesario. Era apenas un símbolo del error y de la venganza. Repugnaba su sola mirada. Con todo, en tres memorables ocasiones se han producido debates públicos en pro y en contra de la pena de muerte. El doctor Castro se irguió contra el cadalso en 1877. Desde su cargo de Secretario de Relaciones Exteriores dirigió una protesta a las cancillerías extranjeras, donde establece otra de sus doctrinas filosóficas: el respeto a la vida humana. Lo que Dios da, sólo Dios puede quitarlo. “El patíbulo, decía, es siempre un pedestal; en el patíbulo no perece ninguna idea, y cuando los errores, a pesar de la grandeza de su martirio se desvanecen o se ahuyentan al empuje irresistible de la discusión; y en esta batalla incruenta de la luz contra las tinieblas, la verdad sin solio y sin espada, sin privilegios heredados y sin hierro homicida, tiene que vencer para que se cumpla la Ley de la Providencia, sobre la tiranía”.

Los patíbulos no han consolidado jamás ninguna institución, ningún gobierno, ninguna doctrina. Las cárceles tampoco; ni los exilios. Bien lo dijo el doctor Castro. No es haciendo mártires como se asegura el orden y se garantiza la libertad. Todo eso, sólo crea odios. Y el odio engendra la venganza. Y la venganza nunca ha creado nada. Contra la

terquedad y la ceguera política o ideológica, sólo hay dos métodos combativos y curativos: la convicción y la superación.

Yo creo oír siempre, con igual sonoridad, las voces del doctor Castro contra el cadalso; las del doctor don Lorenzo Montúfar en sus debates contra nuestro don Julián Volio, —tan grande y con ese error de apreciación, sobre la bondad de la pena de muerte—, que lo demerita; y los más recientes discursos del penalista, licenciado don José Astúa Aguilar contra la dialéctica y la oratoria florida del licenciado don Leonidas Pacheco. La verdad se impuso siempre. La tradición establecida por el doctor Castro prosperó. Ya es imposible erradicar, del corazón costarricense, ese repudio a la pena capital. La sabe estéril. La estima contraria a su fe religiosa; y a su naturaleza misma. Negativa a su tradición de libertad.

Pero —y es bueno reafirmarlo en esta ocasión— ese criterio contra la pena de muerte debe ser sincero, convincente. La actuación de aquel ministro centroamericano que repudiaba la pena de muerte y toleraba que se segaran vidas sin compasión, tiene que repugnarnos.

El costarricense de ayer, el de hoy y el de siempre, creerá más en la bondad del ejemplo constructivo del gobernante honesto; en la eficiencia del convencimiento; en los beneficios del mejoramiento social, en todos sus órdenes; en la obra de la cultura; en el triunfo de la justicia, contra la malignidad del odio y la ruindad de la venganza. Los métodos represivos no alcanzan lo que pueden los sistemas correctivos y las prácticas de superación.

4.—EL DOCTOR CASTRO Y LA EDUCACION PUBLICA

Un hecho que basta para hacerlo acreedor a la gratitud nacional y a que la posteridad guarde su memoria con veneración —comenta don Ricardo Fernández Guardia—, es su amor nunca desmentido a la libertad de la prensa y a la juventud estudiosa.

Movido por el afán de cultura se empeñó en crear la Universidad y más tarde el Liceo de Niñas. Por muy grande que sea el espíritu iconoclasta, que impulsa a quemar documentos viejos y proscribir la experiencia trabajada por los años y el saber, en las páginas de la

Historia, el nombre del doctor Castro vivirá siempre por ese espíritu cultural, que lo hace rivalizar con el doctor don Jesús Jiménez, con don Julián Volio y don Mauro Fernández.

Nadie, antes que él, pensó en la educación de la mujer. Era que tenía por ella no sólo respeto, sino admiración; reverencia. Lo dice este hecho que confirma, a la vez, su gentileza. Pasaba un día, con don Gerardo Matamoros, por el costado norte del Seminario. La acera era estrecha y en sentido contrario venía una mujer, pobemente trajeada. El ex-presidente Castro bajó de la acera y le rindió el sombrero. Matamoros lo miró con aire de extrañeza. Comprendió enseguida su pensamiento, y le dirigió la palabra: ¿“Le extraña mi saludo? Es que a usted seguramente le seducen las apariencias. Esa señora, a quien no conozco, es posible que encubra, con sus harapos, su virtud. En todo caso, a una mujer se le cede la acera y se le rinde el sombrero. Para mí, no debe ofenderse ni con la duda de su honestidad. Yo nunca me olvido de que una mujer me dio el ser”.

Y en otro momento, refiriéndose a la educación de la mujer, agregaba: “En el regazo materno se forma el corazón del hombre y de ese regazo ha de levantarse villano o caballero”.

Sólo apreciando sus conceptos, en los discursos y las Memorias y aun en sus cartas particulares, se puede formar idea exacta del valimiento de ese ciudadano. ¿Era el doctor Castro un moralista? Eso equivaldría como a confundirlo con un profeta. Sus errores debió cometer en su actuación política, pero no alcanzaron a empañar sus virtudes.

5.—EL DOCTOR CASTRO Y SU CONCEPTO DE LA JUSTICIA

Corría el año 1872 y el doctor Castro actuaba como Ministro de Instrucción Pública. Entonces se presentó una dificultad en un pueblecito nuestro. La escuela pública, confiada a una niña de corta edad, fue abandonada por los alumnos que llegaron a aumentar la asistencia de una modesta escuela privada. Vino la queja al Ministerio. Los padres de familia no incumplían la obligación de dar instrucción a sus hijos, pero hacían caso omiso de la escuela pública. El Ministro dispuso llamar a examen de competencia a las dos maestras. Una, la niña Jesús Mora, no concurrió; la otra, que tenía la escuela particular,

la niña Zoila Monge, sí. La primera era sobrina del general don Máximo Blanco, que en compañía del general Salazar, había derrocado al doctor Castro. Con todo, respetó su derecho. Pero como no hizo el examen de oposición, la sustituyó con la niña Monge. Procedió salomónicamente. Tal era el sentido de la justicia que tenía el doctor Castro.

Y como yo sé que las anécdotas retratan al hombre, mejor que los simples datos biográficos, relataré otra, que pinta el carácter del individuo. Con estas anécdotas voy dibujando un verdadero retrato moral del doctor Castro.

El señor Pedro Granados era un sastre capitalino, que se ganaba sus extras repartiendo hojas sueltas. Antaño era costumbre expresar los pensamientos en hojas volantes que se distribuían ampliamente. Don Zenón Castro, que solía ser incisivo contra los gobernantes, repartía personalmente las suyas. Un día le hablaron a Granados para que circulara una hoja contra el Gobierno. Sólo exigió el respaldo de la firma que las autorizaba, y se dio prisa a realizar su trabajo. Mas resultó que lo vio en su tarea un sargento de policía que ignoraba las leyes y los derechos ciudadanos, y sabía mucho de cortesanía, y le quitó las hojas, se las rompió, procediendo a detenerlo. Don Pedro que estaba muy bien entroncado familiarmente y además, no tenía nada de tonto, hizo llegar la noticia al Presidente. Y el ciudadano Presidente fue a verlo a la detención y enterado de lo sucedido, hizo comparecer al sargento de policía y lo reconvino, haciéndole saber que quedaba de baja. "Yo no puedo tolerar, dijo el doctor Castro, que una autoridad afee mi gobierno, abusando de sus galones". Y le notificó que quedaba obligado a reconocer los perjuicios ocasionados al señor Granados. Y como sabía que don Pedro andaba siempre corto de dinero, le ofreció lo necesario para que buscara su abogado, y sentara las responsabilidades contra la autoridad.

¿Pudo pensar el doctor Castro que ese incidente pasaría a la Historia? No. Procedió lealmente, de acuerdo con su conciencia; con el criterio que tenía de la justicia y del derecho de los ciudadanos. ¡Qué ejemplo!

6.—APUNTE BIOGRAFICO

A los veinticinco años ya comenzaba a figurar el doctor Castro en la política nacional. Pasó por la presidencia de los tres Poderes;



Portada de la Casa de Enseñanza de Santo Tomás, como lucía en el siglo pasado dos cuadras al este de la esquina nor-este del Parque Central.

actuó como ministro y diplomático. Declaró la completa soberanía de Costa Rica y le dio Constitución, bandera, escudo y moneda. Mereció el respeto y la consideración de sus conciudadanos, pero también fue víctima de los enemigos y más que de ellos, de la deslealtad de los militares que, por mucho tiempo, pusieron y quitaron gobernantes.

No terminó ninguno de sus dos períodos presidenciales. Le hicieron revoluciones; se escribió mucho contra él. Mas no era tanto el odio, como el interés de quitarlo del cargo, lo que inspiró esas actitudes subversivas. La prueba es que ha sido honrado con el título de Benemérito de la Patria; con el grado de General de División, —siendo un ciudadano civil—; y fue declarado “Fundador o Padre de la República de Costa Rica”. Pero hay algo que lo honra más todavía, —habiéndole recibido tantos honores, aquí y en el exterior—, la declaración que él mismo hizo a sus amigos en los días convulsionados de 1868, en que se tambaleaba su gobierno: “A lo único que me opongo, dijo, es a faltar a las garantías prometidas, restringiendo la prensa, disolviendo reuniones o castigando personas, que si han escrito y se han organizado en junta, es bajo una promesa a que no puede faltarse sin incurrir en mala fe”.

Ese era su concepto del honor. Esa su fe en la libertad de pensamiento y de acción. No sólo hizo de las garantías de la libertad de pensamiento una complacencia espiritual suya, sino que, cuando faltaba el periódico, dispuso editar “*El Mentor Costarricense*”, sostenido con fondos nacionales y abierto a todas las ideas y todas las preocupaciones y todas las inconformidades. Inclusive en su sección de *Remitidos*, que se aceptaban al crédito, se publicaban los más rudos ataques contra el Gobierno. Y como no faltaban los morosos, que saciaban su odio y luego se negaban a pagar el espacio, alguna vez se insertó un aviso en estos o parecidos términos: “Los remitidos deben pagarse estrictamente al contado”.

¿No es ejemplar ese sentido de la libertad de la prensa? Tengo para mí que en el resto del continente no se registra un caso semejante. Como costarricense y como periodista, beneficiado de ese sentido de la libertad, yo admiro la tradición que estableció el doctor Castro y declaro que los periodistas tenemos una deuda con él, difícil de pagar con justicia.

Sólo conociendo estos antecedentes, se puede comprender cómo el doctor Castro pudo preferir el ostracismo, dejar inconclusos sus dos

períodos de gobierno, antes de expirar su mandato, a cambio de no encender la guerra civil. Sabía y lo sentía honradamente, que "la presidencia de la República no vale una sola gota de sangre".

7.—BALANCE FINAL

Cierro mi rápido balance, apuntando al haber del doctor Castro su sentido político, profundamente humano, que podría resumirse en esta forma: "La unificación y engrandecimiento nacional, deben surgir de la escuela". La conciencia ciudadana debe forjarse en el ejercicio de la libertad y el goce del derecho, sin restricciones.

Como aquel gran mexicano, don Justo Sierra, nuestro doctor Castro pensó en que "nada vale enseñar, nada instruir, si no se educa". Y como la tarea de la educación tiene su origen en el hogar, se preocupó por la fundación del primer Liceo de Niñas. Sin olvidarse de la Universidad, que debe ampliar el espíritu civilizador; que ha de estimular el sentido de investigación, a la vez que crea en el profesional una capacidad moral que le permita poner su ciencia al servicio de la humanidad, y ser siempre, antes que todo, un estudiante.

Se dio cuenta de que la tranquilidad pública depende o guarda relación muy estrecha, con el mayor bienestar social y de que sólo la capacitación garantiza el ennoblecimiento de las artes y los oficios. Entonces pensó en fundar la Escuela Mecánica, donde pudieran formarse artesanos competentes y con sentido de responsabilidad.

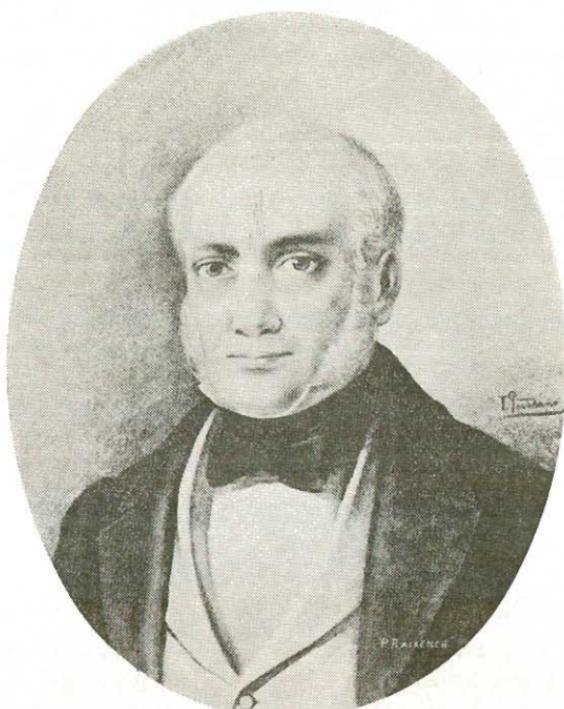
Realizó obras materiales, como puentes, carreteras, siempre con la idea de impulsar el progreso, de establecer mejores conexiones entre las familias y fomentar el mayor bienestar público.

Y no podemos olvidar, en esta recapitulación, que una de sus intervenciones, en 1881, fue su presencia en un Congreso Panamericano, reunido en Panamá. Ni fue anti-centroamericanista recalcitrante y empecinado, ni careció del miraje superior, respecto a la unidad continental, que apreciaron los videntes de América, como Bolívar, aunque no prosperara su Congreso de Angostura. Pero no se olvidó el doctor Castro de que "la unidad moral es superior, más efectiva, que la unidad política". Para acercar o unir a los pueblos, lo primero es hacer posible su identificación, el conocimiento de sus problemas y de sus aspiraciones; la unidad social y económica y aun la espiritual; el

intercambio de profesionales, de maestros y de estudiantes. No se pueden unir elementos que no tienen semejantes características. Porque consultó, siempre el interés humano, fue superior. Porque no lo movieron las mezquindades de aldea, ni los intereses bastardos. Por eso fue grande y su memoria es siempre tan grata y estimable.

Elevemos los corazones, en esta memorable efemérides patria, y pensando en la obra benemérita del doctor Castro, apreciando en lo que vale su gran amor a Costa Rica, sus empeños por elevar su prestigio y garantizar su absoluta soberanía, —en esta hora de amargos presagios para el mundo—, adoptemos la oración que fue pronóstico de triunfo, por la sinceridad con que se pronunció y el convencimiento con que la concibió el entonces Presidente Roosevelt: “Dios Todopoderoso, Señor de la Justicia y Bondad Suprema, bendice a nuestra Costa Rica, inspira y da alientos a sus gobernantes, y a sus ciudadanos todos, dad fuerza a sus armas—, las del derecho y la justicia—, y energía a sus corazones y firmeza a su fe”. Dios salve a la República.

Agosto de 1948.



Don Braulio Carrillo Colina.

BRAULIO CARRILLO

REPRESENTATIVO DE SU EPOCA; ORGANIZADOR DE NUESTRA NACIONALIDAD

1.—DEMOCRACIA FUNCIONAL CONTRA OLIGARQUIA ORGANIZADA

Comentaba recientemente un viajero las dificultades que la guerra creó, por la necesidad de asegurar la paz futura y fortalecer la democracia, evitando al propio tiempo los subterfugios de los enemigos. Hacía mención a los cuestionarios que deben contestarse y nos aseguraba que en gran parte, son exagerados, cuando no ingenuos:

—¿Quién es usted? ¿De dónde viene? ¿A dónde se dirige? (todo lo cual sale sobrando con la simple lectura del pasaporte). ¿Es usted demócrata? ¿Quién lo puede comprobar? Etc., etc.

Pero ello no es todo. A un amigo nuestro, que fue invitado a dictar una serie de conferencias en varias universidades de los Estados Unidos, lo interrogaron al ingresar al territorio norteamericano: —¿Sabe usted leer? ¿Sabe escribir? Resultan pueriles tales preguntas a un catedrático. Pero ocurre que el sistema se ha generalizado ante la justificación irrecusable de ganar la guerra y de oponerle un dique a la acción destructora de los enemigos. Un mal menor para obtener un bien mayor.

Irrecusables tales procedimientos. Sin duda alguna, pues con todo y esas restricciones, viajan todavía los enemigos encubiertos bajo la capa del demócrata.

No tendremos nosotros que hacer confesión de nuestro credo democrático ya que venimos del pueblo y trabajamos por y para el pueblo, desde nuestro campo de acción en el diarismo y en el análisis histórico; tampoco podríamos ser sometidos a esa clase de examen político-cultural, sin sentir lesionada nuestra dignidad de escritores públicos al servicio de la causa de la Libertad, de la Justicia y del Bien.

Con todo, reafirmamos nuestra posición para que nadie pueda abrigar dudas, en el momento en que,—cumpliendo honroso encargo de la Sociedad de Geografía e Historia de Costa Rica—, enfocamos con ojos de historiador, que no de político, la figura presidencial costarricense más discutida: Braulio Carrillo. Hemos de establecer que creemos en la democracia funcional, esto es, la que es acción perenne de vigilancia y acato a los principios que rigen la convivencia humana. Se debe practicar la democracia, sincera y efectivamente. No todo el que se golpea el pecho es buen cristiano. Ayer y hoy y mañana estará latente el peligro de los fariseos. Hay demócratas entre los gobernantes y la ciudadanía, de una austeridad externa, mientras en sus maniobras proceden como autoritarios. Son los sepulcros blanqueados de que hablaba Cristo. Todavía sufren algunas naciones las dictaduras encubiertas, “camufladas”, para darles apariencia exterior de democracias donde se invoca la ley, se muestra preocupación por el bienestar del pueblo, se aboga por la organización fiscal y económica y hasta por la implantación de la justicia social. Pero en el fondo es otro el panorama: hay detenidos políticos en las cárceles, hay ciudadanos en el exilio; se restringe la libre emisión del pensamiento; se ponen trabas al derecho de reunión y se crea una atmósfera de intranquilidad, zozobra y temor. No hay paz, luego no hay libertad. En fin, donde el pueblo no es una fuerza, sino simplemente un rebaño que se explota inmiseridordemente.

Y los estructuradores del mundo nuevo tienen otro sentido de la democracia: libertad de trabajo, de pensamiento, de credos religiosos, de comercio, de organización de la familia, de orden dentro de la libertad. Pascal establecía: “La justicia sin fuerza es impotencia; la fuerza sin justicia es tiranía”. Respetamos al gobierno surgido de la voluntad popular, manifestada en elecciones libérrimas; acatamos a quien con hilo de seda guía, conduce. Democracia organizada, respetuosa y respetada. No creemos que haya sistema de gobierno superior al republicano democrático: el que se hace del pueblo, para el pueblo y por el pueblo. El ideario es perfecto; pero no se practica con fidelidad. Aquí está el problema. Del incumplimiento de sus preceptos nace la inconformidad y allí se incuba el dolor de la humanidad. Es que en buena ley, todo hombre honesto, comprensivo, respetuoso y capaz de hacerse respetar, tiene que enfilarse contra los gobiernos que se convierten en oprobio y ludibrio de la democracia.

Y dicho esto, que es declaración de fe democrática, nos sentimos en capacidad plena para enjuiciar a nuestro don Braulio Carrillo,—en este primer centenario de su muerte, exaltando su obra de bien, condenando su inclinación a la violencia. Thierry, romántico lúcido, concibió la historia como “resurrección viviente y exacta del pasado, obra de ciencia y de arte, que se perfecciona con la imaginación y la crítica para producir en el espíritu la verdad histórica”. Algunos habrían querido que esta efemérides pasara ignorada, porque la humanidad está presenciando un parto doloroso, del cual ha de surgir un mundo nuevo, más humano, más apegado a las tradiciones libertarias y con más espíritu de justicia. Pensamos de otra manera; de hoy más que nunca, los que hacemos historia, hemos de aprovechar todas las ocasiones para exaltar la memoria de aquellos varones austeros y valientes, que supieron oír la voz de la propia conciencia, y actuaron como demócratas sinceros, con apego a la ley escrita, con sinceridad de hombres libres, capaces de dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Pero ni hemos de olvidar los errores en que pudieran haber incurrido, ni hemos de entornar los ojos frente a las páginas de la Historia que consignan las actuaciones equivocadas de los hombres, sus yerros, sus tendencias a entronizar la fuerza y despojar al ciudadano de sus derechos. Los errores deben servir para resaltar las ventajas del procedimiento contrario; para ponderar el bien y sus beneficios.

Comparando uno y otro cuadro, como quien observa una medalla de relieves destacados y cautivantes, hemos de tener el valor moral para recalcar las virtudes y execrar los vicios y las lacras. Sólo así, con un amplio sentido de libertad y de justicia, de aplauso y de crítica, ejercemos el derecho al libre examen y nos hacemos acreedores al título de hombres leales y fervorosos cumplidores de nuestros deberes cívicos.

Y en función ciudadana, tan noble y tan austera, señalaremos rumbos a los pueblos y pondremos a su vista, con lineamientos de gloria, los hechos de ayer, y alumbraremos, con destellos de aurora, los senderos de hoy y los que apenas se vislumbran, del futuro. La historia es maestra. Enseña y educa; nos da sabias y eternas lecciones. Y aunque la hagan y la escriban los hombres, su sentido de eternidad hay que buscarlo en lo que tiene de exaltación y loa de los actos de bien, donde se revelan la inteligencia y el corazón, al servicio de la humanidad, y en lo que tiene de acerba crítica, crítica constructiva, de

candente repudio a los hechos y los hombres que los produjeron, causando el dolor a la especie humana, enlutando la familia y tiñendo con sangre los campos donde los ojos de Dios quisieron ver retratada su magnificencia, en los cármenes floridos, los rincones apacibles, la rumorosa selva y el paisaje matizado de colores, que sólo una paleta divina puede embellecer.

Carrillo tuvo la visión de una patria donde la ley fuera la guía; el orden y el respeto la disposición ciudadana; donde el trabajo tuviera su culto y el progreso siguiera un ritmo ascendente, sin obstáculos. Se daba cuenta de que se estaba dentro de una oligarquía y quiso destruirla. Se empeñó en poner orden en el desorden. Pero recurrió a la violencia, en vez de esperarlo todo de la educación, de la persuasión. Ese fue su pecado y lo pagó con el destierro, el odio y la muerte en el ostracismo.

Nos duele el traspies de Carrillo, que después de todo hizo labor encomiable y se empeñó por el futuro de su Costa Rica, con dedicación y talento. Pero entendemos que hasta el orden económico debe subordinarse al bien común de la humanidad; que debe hacerse al hombre más humano. Que se imponen las normas de convivencia; los principios de colaboración. Todos para uno y uno para todos. El ideal sería tener por lema: Dios, Patria y Libertad.

2.—CARRILLO VISTO POR VARIOS PROHOMBRES COSTARRICENSES

No todos los hombres que hacen gobierno tienen la capacidad moral y mental de aquel nuestro don Manuel Aguilar que expresaba en un mensaje a la Asamblea de 1837: —“Yo que me conozco mejor que otro alguno, y que sé con exactitud hasta dónde llegan mis aptitudes para desempeñar los cargos públicos, estoy también intimamente persuadido de que no soy la persona llamada a figurar en la primera magistratura del Estado”. Era un ciudadano capaz de ofrecerse para servir como *Asesor General del Estado, Ad honorem*, en vista de la pobreza de la nación. ¡Qué admirable ejemplo! ¡Y cuántos se desviven por alcanzar el poder, sin medir sus capacidades! No los guía un sentido de servicio, un anhelo de ofrecer sus luces, sino una ambición desenfrenada y acaso también una tentación vanidosa unida a la sed de lucro. Carrillo no fue menos desprendido. En marzo de 1836 renunció la jefatura del Estado.

No era hombre de gran talento, afirma don Cleto González Víquez, pero estaba armado de una recia voluntad. Un tanto descuidado en su trato, hasta llegar a la aspereza. Sencillo y honesto en su vida ciudadana y también como funcionario. Enemigo de la ostentación, frugal y de costumbres austeras. No encontramos en él las inclinaciones que determinan a los tiranos clásicos.

Es necesario traer al recuerdo algunos juicios procedentes de personas mejor autorizadas:

Iniciemos estas citas, oportunas para hacer resaltar la figura de Carrillo, y que nos sirven de escudo. Grandes hombres elogiaron a ese Jefe de Estado. Oigamos a don FELIPE MOLINA, quien consignó en su *"Bosquejo"* de 1851, estos conceptos:

—“Nadie tiene, en nuestro concepto, más títulos que Carrillo, a ocupar un lugar entre las celebridades de su patria, habiendo sido esta misma el teatro principal de sus glorias, y donde desplegó las eminentes calidades que lo proclamaban hombre de estado, las dos veces que estuvo al frente de la administración”.

“El fue quien realmente echó los cimientos de la organización de la República en todos los ramos, y a quien debe Costa Rica la cancelación de su deuda extranjera”.

“Sobresalía Carrillo por su celo en perseguir el vicio y castigar a los criminales y por su pureza en el manejo de los caudales públicos”.

“La muerte de Carrillo, acaecida en 1845, fue generalmente sentida en Costa Rica, aun por aquellos mismos que habían pertenecido a partidos contrarios, y en la actualidad todos reconocen sus grandes servicios y hacen justicia a sus virtudes”.

Estos conceptos aparecieron publicados seis años después de la muerte de Carrillo!

Los coetáneos, pese a las malas voluntades que dejó Carrillo, fueron más explícitos y justos, en el reconocimiento de los méritos del ex-Jefe de Estado.

El historiador y jurisconsulto, don FRANCISCO MONTERO BARRANTES, dijo en 1899:

“Más tarde, en 1849, el Gobierno dispuso que los restos de don Braulio Carrillo fuesen traídos a San José y depositados en un mau-

soleo levantado a costa del Tesoro Nacional, pero esa disposición, como otras muchas de igual importancia, no ha sido cumplida, y los gobiernos se conforman con que la memoria de nuestros grandes hombres se guarde en las páginas de la historia, que nadie lee, en vez de perpetuarla en monumentos que recuerden a cada paso, a las generaciones, los méritos de los eximios fundadores de la República, tanto en la paz como en la guerra”.

Don RICARDO FERNANDEZ GUARDIA, a quien todos conocemos como el máximo historiador costarricense, dice en su Cartilla Histórica, al tratar de Carrillo:

—“Hombre de poca instrucción, pero de energía extraordinaria, de inteligencia superior, de laboriosidad infatigable y de severas costumbres, procuró con ardor y entusiasmo el adelanto del país e introdujo el orden y el método en todos los ramos de la administración pública. En la represión de la vagancia y del vicio empleó mano de hierro, inculcando al pueblo hábitos de moralidad, honradez y trabajo, que por desgracia se han ido perdiendo. Pero en todo fue duro con exceso. Aplicó con demasiada frecuencia y hasta por delitos de poca importancia, la pena de muerte; con sus enemigos y adversarios se mostró siempre severo. Testigo presencial de la anarquía que devoraba a los demás Estados de Centro América, su mayor empeño fue salvar a Costa Rica del contagio que la amenazaba”.

Introducir orden, disciplina, en nuestro medio, ya es crearse malas voluntades; hacerlo por medio de la violencia, es granjearse odios imborrables.

Veamos el juicio consignado en 1880 por el Dr. don JUAN N. VENERO, persona de notoriedad en aquel momento; llegado de tierras extrañas vivió nuestra política y formó concepto de nuestros políticos. Dice:

—“El Jefe del gobierno dictatorial, don Braulio Carrillo, distinguido por su talento, su probidad y su energía, dotado de las facultades del hombre organizador, imprimió al país los primeros impulsos en la abierta senda de sus destinos”.

Don JOAQUIN BERNARDO CALVO, figura venerable y respetada por todos, dejó estos conceptos, escritos en 1886, antes de que se cumpliera el medio siglo de la desaparición de Carrillo:

—“Tanto en el primer período como en el segundo, que terminó en abril de 1842 con la invasión del general don Francisco Morazán, Carrillo promovió la organización del país, en todos los ramos de la administración pública, canceló la parte que le correspondía a Costa Rica en la deuda extranjera, contraída por el Gobierno General en 1826, decretó los códigos penal, civil y de procedimientos; organizó los tribunales y juzgados; reglamentó la policía interior y la Hacienda Pública; y dio acertadas disposiciones impulsando la agricultura, mejorando las vías de comunicación y la planta de las poblaciones.

“En ningún otro tiempo como en el de su gobierno se ha perseguido el vicio y a los criminales con un celo mayor; así como tampoco se ha cuidado con tanto esmero de hacer a los empleados llenar cumplidamente sus deberes, como él lo hacía dando ejemplo con su labiosidad infatigable”.

Y nuestro don CLETO GONZALEZ VIQUEZ, el más estudioso y el más perseverante investigador de la historia patria, dejó esta referencia:

—“Carrillo hizo estudiar una mejor ruta que había de terminar en Moín y Limón, por medio del ingeniero don Enrique Cooper, y había dado comienzo a los trabajos de construcción, a cuyo frente puso a don Joaquín Iglesias, una de las primeras víctimas del clima y probablemente del paludismo”.

En otra ocasión expresó:

—“Yo creo que hay dos Presidentes de Costa Rica que merecen tener ya sus estatuas: Braulio Carrillo, que supo hacer la patria y Juan Rafael Mora que supo defenderla”. (“Don Juan Rafael ya tiene la suya, frente al edificio de correos y telégrafos”).

Refiriéndose a los sucesos de setiembre de 1835, dice el Licenciado don ALFONSO JIMENEZ ROJAS,—magistrado e historiador a ratos,—, íntegro siempre:

—“El Jefe Supremo no les guardó más consideraciones y, apoyado por los habitantes de San José, Escazú, Pacaca y demás poblaciones de esta provincia,—los mismos que en otro tiempo habían sostenido las instituciones democráticas y habrían de vencer a Morazán,—, castigó a los rebeldes y reprimió el espíritu de hostilidad que alimentaban.

“Tal fue el primer atentado público y escandaloso contra la Constitución de 1825 por parte de los que debían haberse empeñado más

en sostenerla. Natural es suponer que eso determinase un cambio en las ideas de Carrillo acerca de la clase de gobierno que convenía a Costa Rica. No es extraño que más adelante, cuando ese hombre extraordinario volvió al poder en virtud de una revolución, prescindiera de la Constitución y estableciera un gobierno fuerte, que hizo cuanto pudo por inculcar en este pueblo hábitos de respeto a las leyes y de paz y trabajo". (Efemérides publicadas a principio de siglo con el título de "Notas de Historia de Costa Rica").

Realmente llama la atención el espíritu de trabajo de Carrillo: su visión de estadista, su afán moralizador, su anhelo por elevar el nivel del progreso patrio, a altura singular. Lástima su carácter de acero, forjado en la fragua. Pero sólo las personalidades definidas, tenaces, pueden desarrollar un plan de acción que honre a una vida y honre a la propia nación.

Carrillo se interesó hasta por la urbanización de la capital; pensó que debía trasladarse a un sitio más adecuado y trazó el cuadrante en "El Murciélagos", hoy San Juan de Tibás; señaló la pauta para la construcción de las casas, con la experiencia que dejó el terremoto de 1841. En Cartago no le hicieron caso. Allí se empeñaban en llevarle la contraria, con pocas excepciones. Rivalizaban los odios de Carrillo para sus compatriotas y el de aquellos para él. No le hicieron caso y otro terremoto destruyó la ciudad y dejó un saldo de muertes.

Este extraordinario gobernante, pudo hacer balance de su obra de gobierno, concretándolo en esta frase:

—"Hice más bienes que males; y el diente agudo de los remordimientos no atormenta mi corazón". Eso dice una de sus cartas enviadas desde Guayaquil. Y en otro documento fechado en Guatemala, es más explícito:

—"No fui un ángel; era un hombre!"

3.—SENTIDO HUMANO Y VISION DE ESTADISTA

No podríamos enjuiciar al Dr. don Jesús Jiménez, vituperándolo, porque en agosto de 1863 disolvió las Cámaras Legislativas, como consecuencia de una disparidad de criterios en la interpretación del artículo 77 de la Constitución, "estableciendo, por consiguiente, la dictadura más ilegal", según frase de Montero Barrantes. Entre otros muchos

méritos de aquel hombre civil, se puede oponer el derecho de asilo otorgado al general don Gerardo Barrios, proscrito político, a quien reclamaban los Gobiernos de El Salvador, Guatemala y Nicaragua. Ni tampoco hemos de ser severos y destruir el pedestal de su gloria,—la reorganización educacional popular,—, porque asumiéra la segunda administración, el 1º de noviembre de 1868, aprovechándose del golpe de cuartel dado por los generales Salazar y Blanco, contra el Dr. don José María Castro. Se sabe que varios conspiradores fueron confinados, con apoyo en el decreto de supresión del orden constitucional de 1869. Algunos fueron a zonas mortíferas, poco menos que condenados a muerte. Pero la obra en favor de las escuelas y de los caminos, lo salvan. La escuela, ya se dijo, da la victoria. Un gobierno tiene obligación de mantenerse mientras dure su mandato, si se ajusta a la Carta Fundamental y hace obra de bien público. Si se conspira, se impone la represión. Lo único que debe prevalecer, sin restricciones, es la libre expresión del pensamiento.

Don Manuel de Jesús Jiménez, el hijo mayor del Dr. Jiménez Zamora, explicó en 1897, la actitud de su padre, al relatar la conferencia que aquél tuviera con el general Blanco, cuando lo instaba a asumir el mando, en éstos términos: —“Qué difícil será encontrar un hombre que pueda llegar al fin de su jornada, sin haber sentido en su carrera un instante de vacilación; sin haber sufrido un vértigo!, y aquél que sintió entonces mi padre no fue ciertamente un vértigo de ambición rastrera, sino un vértigo de encendido patriotismo, pero al fin y al cabo, un vértigo”.

Para evitar una lucha de cuarteles, comenta don Cleto González Víquez,—una guerra civil desastrosa, cedió don Jesús a las instancias de Blanco.

Tampoco hemos de oscurecer la memoria gratisima del Dr. Castro Madriz, por sus relaciones con el empresario alemán don Felipe Valentine, que trató de establecer una colonia alemana en la costa Atlántica. Argentina ponía los ojos, en 1868, en Europa, ante el peligro que veía en la Doctrina Monroe. Nuestro don José María estuvo inclinado a dar paso semejante, haciendo posible que Europa creara intereses en nuestra patria. El tiempo ha venido a plantear el peligro que esa interdependencia de Continentes podría haber entrañado en ciertos momentos de la historia. Hoy está claro que “América debe ser para los Ameri-

canos". En aquella fecha, el deseo de impulsar el progreso, de colonizar una zona agresiva, hizo dejar de lado los peligros de carácter internacional.

Carrillo no se enfrentó a la Iglesia, entonces Poder rivalizante del Civil; opuso valla al sentimiento monárquico de la época. La mayoría del clero estaba con él. Disminuyó el número de los días feriados por la Iglesia, con el deseo de impulsar la producción. Menos vagancia y más labor. Abolió los diezmos, con perjuicio del clero; estableció un impuesto sobre los terrenos poseídos, y se puso en pelea con el capital. Se produjo el somatén del 26 de setiembre de 1835, en Cartago, y la Municipalidad, el Clero y los vecinos de la ciudad y los barrios, desconocieron al Gobierno. Hubo guerra y la ganó Carrillo, quien dimitió ante la Asamblea, después de debelar el movimiento. No aspiraba a perpetuarse en el mando. Pero no le aceptaron la renuncia y entonces se creyó el hombre fuerte. Dio marcha hacia atrás, escuchando el clamor público, e inclusive hizo menos duras las sanciones impuestas a los revoltosos. Decretó amnistías e indultos. En junio del 36 se produjo la invasión de Quijano, por el Guanacaste. La transformación del Gobernante fue total. Apareció el centralizador. Cada hombre suele llevar, escondido, otro hombre. Las circunstancias suelen favorecer a una determinada faz; algunas veces se aprecian las dos.

Se produjo el golpe contra don Manuel Aguilar, que hacía obra de gobernante patriarcal. Ponía su talento y su cultura al servicio de la Patria. Se proclamó Jefe del Estado el Licenciado Carrillo. Quiso sofrenar la oligarquía. Se creyó un hombre indispensable. Las revoluciones engendran revoluciones. Varias se organizaron contra Carrillo, pero las reprimió con mano fuerte. Hizo desaparecer todo principio de oposición, y llegó hasta el extremo de declararse jefe perpetuo e inviolable de Costa Rica, emitiendo el 8 de marzo de 1841 su llamada Ley de Garantías.

Quiso que Costa Rica asumiera la plenitud de su soberanía, relevándola de todo compromiso o pacto con las otras naciones centro-americanas; emitió los códigos, fomentó el cultivo del café; trató de formar pequeños propietarios, de dar tierra a todos los costarricenses, aparcerando, entre otros terrenos, los de Pavas; dictó el Reglamento de Hacienda, que establecía la inamovilidad del personal y también acordaba a su favor las jubilaciones.

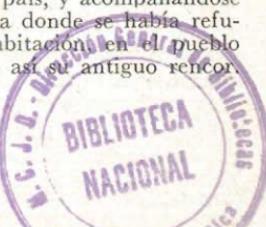
Se adelantó a su época. Pero su mano seguía apretando duramente. Y el costarricense no entiende por mal. Soporta y espera el desquite. Fue entonces que llegó Morazán con su grupo de prosélitos. Carrillo cometió el error de enviar a combatirlo, como jefe de las tropas, al salvadoreño Villaseñor, que en vez de pelear, optó por pactar. Luego sobrevinieron el destierro y las actas de condenatoria. Cambió todo el panorama. Radicado en El Salvador, mano artera puso fin a sus días, el 15 de mayo de 1845 (*). Hace un siglo. Pero el puñal acaba con la vida material; la del espíritu es eterna. El tiempo irá clarificando la verdad y se apreciará mejor la obra de bien que realizó Carrillo. Sin dejar de anotarle, en su balance lo que tuvo de malo. Hombre al fin . . . !

4.—MANIFESTACIONES DEL ESTADISTA LIBERAL. INFLUENCIAS DE LA POLITICA DE LOS CUARTELAZOS

Jefferson, en Estados Unidos, fue "uno de los hombres más sañudamente odiados y más afectuosamente queridos de su época; fue vocero de un orden nuevo en tiempos en que el país pasaba de la condición de estado monárquico dependiente, a la República independiente". Jefferson es el prototipo del estadista práctico. La historia ha reivindicado su nombre. Y el tercer presidente de los Estados Unidos se cita como uno de los fundadores de la democracia norteamericana.

Carrillo se enfrentó a su época; dio el primer paso hacia la secularización de los cementerios; impuso su espíritu liberal cuando imperaba un profundo y arraigado sentido religioso; mejor diríamos un marcado fanatismo que cobraba mayor vuelo en el medio precario y de ignorancia supina.

(*) Obligado a peregrinar por las repúblicas del Sur y luego por el Estado de El Salvador, fijó por último en éste su domicilio, en la ciudad de San Miguel, donde vivía consagrado al ejercicio de su profesión y se ocupaba en algunos trabajos de minas que había emprendido, cuando plugo a la Providencia poner un fin trágico a sus días. Cierto enemigo personal suyo, a quien había ganado un pleito referente a la propiedad de las mismas minas, aprovechándose de las revueltas civiles en que por desgracia estaba envuelto aquel país, y acompañándose de otros fascinerosos, le sorprendió en un bosque solitario, a donde se había refugiado con noticias de que se le perseguía, cerca de su habitación en el pueblo de la Sociedad, y le dio muerte despiadadamente, saciando así su antiguo rencor. ("Bosquejo", de Felipe Molina, 1851).



Don Braulio había tomado el poder en circunstancias azarosas y difíciles, comenta don Cleto; ya hemos dicho que lo renunció una vez tranquilizado el país. Pero se operó un cambio. Don Juan Rafael Mora, el prócer de la verdadera emancipación,—la que se ganó a sangre y fuego,—, se cubrió de gloria; más luego le entró la ambición. Y no es leyenda, sino enseñanza, lo sucedido a Jezabel: “siempre terminan devorados por los perros los gobernantes impíos”.

Conviene hacer referencia a la política de los cuartelazos, que fue una enfermedad americana, después de la independencia. Unas veces se manifestaban los sentimientos monárquicos queriendo restablecer las cosas a su estado anterior de dependencia de España; otras veces eran la vanidad, la envidia, la sed de mando, que movían a los más audaces.

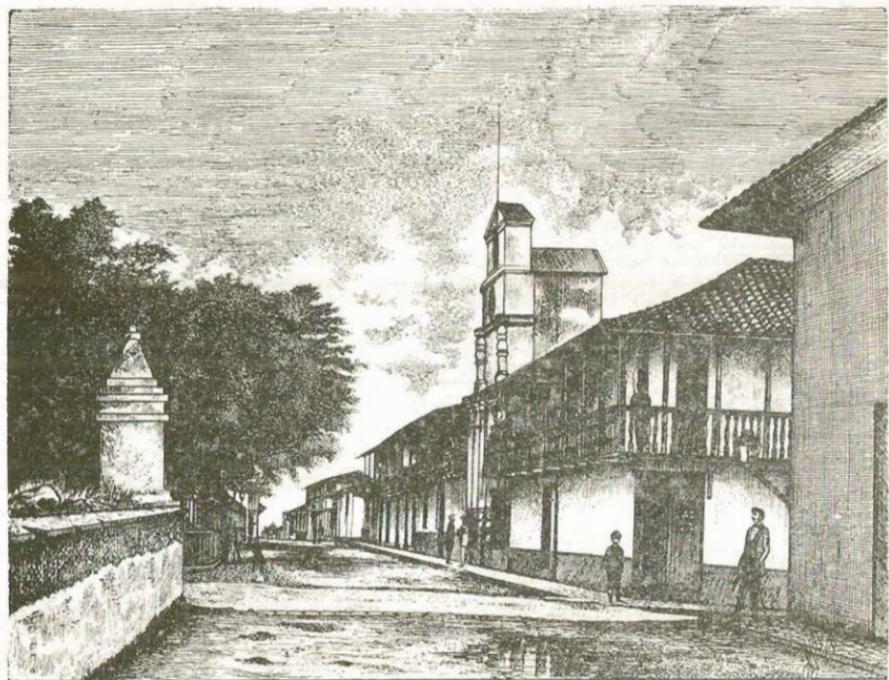
Rafael Vargas, general de brigada de México, enfocando este problema dice: —“Los militares de las democracias teóricas deben conformarse con depositar su voto en las urnas electorales, sin tomar parte en las luchas políticas de partidos; pero en América las cosas se desarrollan en distinta forma; la política está generalmente controlada por miembros del Ejército y, de este modo, por medio de la fuerza se imponen gobiernos o se derrocan”.

Ya el 29 de enero de 1826 estallaba en Alajuela una conspiración fraguada por el teniente coronel español José Zamora, que tendía a restablecer el orden monárquico. Zamora pagó su acto con la vida. El 27 de mayo del 38 se daba el primer golpe de cuartel que arrebató el poder a don Manuel Aguilar. El instigador fue Carrillo. El éxito lo envaneció. La política de los cuartelazos tomó carta de ciudadanía en Costa Rica. Felizmente no hizo escuela, sino en los primeros años de la República. Los generales Salazar y Blanco no tuvieron muchos émulos.

A Carrillo lo perdonaron sus coetáneos; pero el odio que le profesaron determinadas familias, se heredó a través de las nuevas generaciones. Y se da el caso de que al cabo de una centuria todavía quedan enemigos de Carrillo.

Pero al historiador no le es dable incubar odios ni menos estimularlos; analiza hechos, establece la verdad en cada caso, y exalta lo que hubo de bueno y condena lo malo.

La influencia del mal es grande. Costa Rica, país tradicionalmente pacífico no pudo librarse del perjuicio de los cuartelazos. Fue una



El Cuartel Principal, más tarde Escuela Juan Rafael Mora, y hoy Teatro Raventós.

modalidad política del siglo pasado. No sólo Carrillo ha de cargar con ese estigma. No había en él pasta de tirano. Lo dicen muchas de sus actuaciones de gobernante. Su amor a Costa Rica lo demostró con su acto máximo: separar a Costa Rica de la federación centroamericana. Quería darle a su Costa Rica una fisonomía propia. En sus documentos habla con orgullo de los “costarricas”.

El panorama de aquellos días era el de una oligarquía arraigada; pensó en destruirla para crear la verdadera nacionalidad costarricense, de corte democrático. Y es posible que llegara hasta sentirse indispensable, invadido por la vanidad de hacer obra constructiva. Si usó de la violencia fue con la idea de sancionar hechos. Hubo error en sus procedimientos. De haber ambicionado el poder, de haberse sentido capaz de perpetuarse en él, no lo habría renunciado una vez, ni habría aceptado con tranquilidad el destierro. La reacción del tirano habría sido intentar restablecer su poder, invadiendo el país.

Del respeto y de las simpatías de que disfrutaba Carrillo, dice el hecho de que al ser expatriado, no hubo actos de ultraje contra él. La ciudadanía josefina no se reveló como en el caso de Morazán. Sólo la oligarquía cartaginesa se sintió vengada.

Sin temores puede aseverarse que Carrillo trató de crear una democracia, no en función, sino en ejecución. Erró en sus procedimientos.

Como Napoleón, don Braulio ha sido muy discutido; pero nadie podría negar que como aquél, fue grande.

“Los pueblos me obedecían sin violencia, porque, “cosa rara”, cien hombres apenas guarnecían todo el Estado, inclusive los puertos y fronteras”, expresó Carrillo en su carta de Guayaquil (16 de setiembre de 1842). Y seguro de su obra de gobernante, hace esta declaración: “Salvé al Estado de la anarquía, lo preservé de la guerra externa, le conduje por las sendas de la moral; promoví su riqueza y su comercio, dando impulso a la agricultura con la supresión de impuestos sobre las tierras de labor, concediendo en propiedad, a los poseedores las que eran del común, abriendo y mejorando caminos, habilitando y poblando puertos; crié y sistemé la hacienda pública, sobre los fragmentos y abusos anteriores; pagué la deuda exterior, y la interna reconocida por la Asamblea”.

Se retrata el fondo moral de Carrillo, cuando reproduce en un documento, la anécdota de Aristides el Justo. Le preguntaron qué se

haría con aquellos hombres que desacreditan a los demás, y contestó: "Si hablan por ligereza, despreciarlos; si por demencia, compadecerlos; y si por malicia, perdonarlos".

5.—EL HOMBRE, EL POLITICO Y EL MEDIO

Todos vivimos en lo sublime, ¿en qué queréis que vivamos? No tiene la vida otro lugar, consignó Maeterlink. El hombre, como criatura hecha a semejanza de Dios, está dotado de inteligencia, de sensibilidad y de poder de asimilación, todo lo que lo diferencia del irracional. Pienso, luego, existo, pudo decir el filósofo. Pero el medio, las condiciones de vida, las influencias externas, desvían al hombre. Ver a un niño, rico o pobre, con traje de gala o desnudo, es siempre algo que enternece. Los ojillos del recién nacido parecen emanaciones de luz; sus movimientos tambaleantes, desordenados, dan idea de vivacidad e inquietud. La cabecita menuda mueve a preguntarnos: —¿Cuál será su sino? ¿Cuál su desenvolvimiento en el futuro? ¿Estamos, entonces, en presencia de un futuro hombre de estado o de un mortal común? Incógnita. Su futuro dependerá de su inteligencia, de lo que se haga por educarlo e instruirlo; del medio en que le toque actuar. Lo único común es la vida, el soplo divino. Lo que llamamos el destino, el futuro, resulta una interrogante. Estiman los psicólogos que hasta el sistema de alimentación del niño influye en sus futuras actuaciones. La educación, la cultura, pueden orientarlo mejor. La holgura o la limitación económica influirá en sus orientaciones de hombre. Las dificultades, las congojas del hogar, pueden establecer un complejo de inferioridad o de odio contra los demás. La herencia, el medio y las reacciones personales,— dice Harry Emerson, en su libro "Para ser un hombre cabal",—concurren a formar individualidad.

Braulio Carrillo nació en un campo labrantío: San Rafael de Cartago, ni siquiera en un poblado rural, sino en la falda del Irazú, donde alcanza altura la "cuesta de la Chinchilla". Un hogar humilde. Una casa solariega, desde cuyos corredores podía contemplarse la campiña, por unos rumbos; la rudeza del bosque por otros, y en la bajura, el valle: los altos campanarios, los techos de teja de las casonas muy siglo dieciocho, donde hacía su vida concentrada, de atisbos aristócratas, la rancia sociedad cartaginesa, con pujos imperialistas. No olvidemos que durante los días coloniales, la que fuera capital de la Provincia de la Real Audiencia de Tierra Firme, estuvo dividida en

“pardos y mulatos”. También los españoles, en venidos de España o descendientes de españoles, pero nacidos aquí. Existía una rivalidad de clases. Y si bien la primera guerra que confrontó el país no tuvo por origen las diferencias sociales o raciales, sí la motivó el traslado de la sede de la capital, de Cartago a San José. ¿Daba mucha preeminencia la capitalidad? Sí, era el asiento de las autoridades principales que se elegían entre los más preparados de la Muy Noble y Leal Ciudad, que había ganado hasta un escudo de armas por su lealtad a la monarquía. El sentimiento imperialista caló tan hondo, que al concedérsenos la independencia política, se pensó que lo mejor era anexarse al Imperio de Iturbide, en México. Y había abdicado Iturbide y los cartagineses seguían abogando por el imperialismo.

Carrillo nació en los albores del 1800, en los aledaños de Cartago. En su infancia vio al padre dando forma al hierro bruto, a golpe de mazo y al rojo blanco. ¿Acaso allí obtuvo la intuición de gobernante? A los pueblos hay que modelarlos; ponerlos en orden; enseñarlos a vivir en paz y bajo la ley. Si el hierro toma nuevas formas, gracias a la forja, ¿no puede variarse el destino del hombre?

Pero volvamos al medio donde se desenvuelve Carrillo en su niñez. Mientras su padre sopla la fragua y golpea sobre el yunque, pasan frente a la humilde galera,—donde debieron colarse el viento, los rayos de sol y las lloviznas,— las linajudas damas aristocráticas que no alzaban los ojos para ver a sus semejantes desconocidos. Algunas iban en litera. Otras desfilaban cimbrando sus cuerpos esbeltos y dejando percibir el fru-fru de los almidonados fustanes. Tras ellas la criada doméstica, que lleva la alfombra, sobre la cual debe arrodillarse la señora, mientras ésta hinca sus rodillas sobre el duro pavimento. No hay esclavitud, pero sí marcada diferencia de clases. Se abolió aquella, pero subsisten las divisiones impuestas por la alcurnia, por el dinero y hasta por el talento, la única racional de todas las aristocracias, ésta última.

Y hay otro factor determinante en la vida de Carrillo.

La madre era hija natural; de sangre azul por la línea paterna. Por su condición, le negaron el “doña”. Gracias que le permitieron usar el apellido “Colina”. Ella supo hacer honor a ese apellido “prestado”, siendo señora de su hogar. ¿Acaso Carrillo no tomó a empeño personal el ennobecer su alcurnia? Al pasar él a la Historia, también pasaron sus padres. El, un humilde herrero; ella, una hija natural. La

vida suele vengar las pequeñeces humanas. Don Braulio engrandeció, ennoblecio su hogar.

A Carrillo le tocó imponerse por el talento. Ya lo traía desde el vientre materno; pero lo supo cultivar. Fue a León de Nicaragua, donde había un faro que extendía sus luces por estas latitudes. Estuvo en Honduras, El Salvador y en Guatemala. Algo estudió y pudo demostrar sus inclinaciones hacia el comercio, la actividad favorita de la época. Don Juanito también fue comerciante. Viajar es bueno: se admiran nuevos paisajes, se conocen otros hombres; otras costumbres; otros sistemas de vida y se da al espíritu el regocijo de ampliar sus lindes.

Los cartagos no querían a Carrillo; lo apodaron "Sapo de losa", porque era bajo de estatura y un poco obeso. Sus compatriotas no supieron ver que, bajo aquella estructura humana, había un varón de grandes ambiciones, dotado de talento y de voluntad. El hijo del discípulo de Vulcano fue el cuarto jefe de Estado de Costa Rica. Y como vivimos en una democracia, podemos consignar que uno de sus deudos, que alcanzó nuestros días, fue modesto maestro de obras, albañil distinguido.

En Carrillo había personalidad; era austero y era valiente. El odio que le profesaron los cartagineses, le hizo exagerar la pasión de venganza. Cobró con sangre los agravios que le infirieron. Pongámonos dentro del sentido de la realidad, para valorar los actos de Carrillo. Lo hermoso y lo ponderable, es el perdón. Lo humano, lo corriente, es la venganza. Pero quien fomenta tempestades muere fulminado por el rayo.

Carrillo hizo a saltos su vida política. Lo llevaba el Destino a las altas cumbres y también al sacrificio. Vuelto al país en 1830, fundó su hogar y sirvió la Fiscalía de la Corte Suprema de Justicia, llegando hasta la presidencia del mismo tribunal. Véase que su primer paso fue orientado hacia la carrera judicial. Conoció de la aplicación de la justicia y acaso ¿no tuvo otro desengaño? La justicia no siempre se imparte con justicia.

En 1834 fue electo diputado al Congreso Federal Centroamericano, reunido entonces en Sonsonate, y luego en San Salvador. Allí levanta su voz defendiendo la soberanía de los Estados. Un impulso interior lo acercaba a la ley, le daba arrestos para defender la justicia, y patrocinar la libertad. No era un cavernícola ni un machetón. Tenía más de hombre civil.

Vuelve a Costa Rica en 1835 y le corresponde terminar el período de gobierno de don José Rafael Gallegos. Hombre rico, honrado pero desconectado de los asuntos públicos. Más que hacer administración le interesaba acumular riquezas para el Estado. Tenía la idea de que el oro es para guardarlo, no para hacerlo producir ni menos para facilitar el progreso. Y el país estaba en formación. Los enemigos iban a la revuelta. Había fermento en todos los sectores. La presencia de emigrados políticos de la talla del general La Mar y del general Bermúdez, lo movieron a tomar la línea de menor resistencia: dimitió. Carrillo alcanzó su cumbre. Pero en las cumbres lo mismo nacen las auroras que se ponen los soles... Cuando no son el teatro de los ajusticiamientos, el recurso extremo de los pueblos al tratar de ganar la libertad!

6.—LAS FELICITACIONES Y LOS REPROCHES DE LAS MUNICIPALIDADES

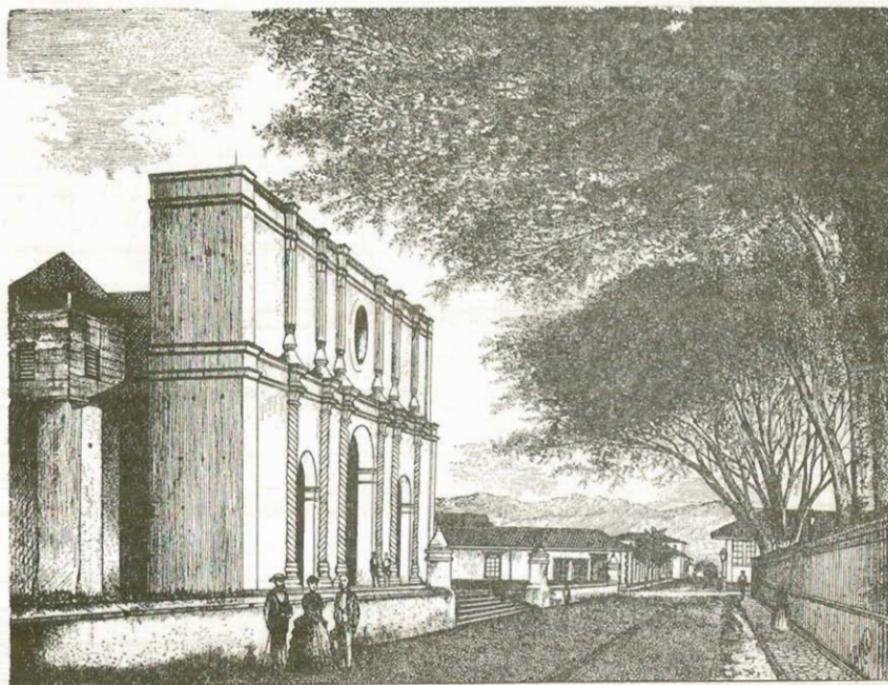
En los días de Carrillo no había la costumbre,—hoy llevada a la exageración,— de poner placas en los edificios públicos y señalar en cada obra nacional el nombre del gobernante, bajo cuya administración se realizó. Pero no se hace preciso buscar placas recordatorias para apreciar la obra de progreso de un gobernante. La austeridad republicana se resiente con ese exhibicionismo que raya en lo ridículo. En el viejo puente de Ocloro, camino a Desamparados, había una placa que recordaba a los pasajeros que esa obra fue realizada en la administración del Dr. Castro Madriz. Un día se quitó la placa para reconstruir el barandal y hacer un relleno. Ya no hay placa, pero no hemos olvidado que don José María construyó ese puente y también el otro colocado sobre el río María Aguilar. Las memorias de Fomento y los documentos que se archivan en las secretarías de Estado, van dejando historia de la obra de progreso nacional. Los historiadores hacen luego la recapitulación. Empero, la vanidad necesita sus halagos.

Las Municipalidades, por su parte, que sustituyeran a los cabildos, en el siglo pasado como en el que corre, no han sido sino centros políticos deliberativos, con otras modalidades anexas a la obligatoria de hacer administración local. Una de ellas era hacer colocar el retrato de cada presidente que cesaba en el ejercicio, en las respectivas oficinas públicas. Ahora se coloca el de quien ejerce la presidencia. Las jefaturas políticas daban la impresión de una galería; una de esas viejas casas

de campo, en cuya sala penden los cuadros de todos los santos. Una especie de cielo casero. El presidente don Ricardo Jiménez, en su primera administración, emitió el decreto de 11 de junio de 1910, que en lo conducente dice: "Queda prohibido colocar en las oficinas y establecimientos públicos el retrato del Presidente de la República en ejercicio del poder". La medida fue transitoria. Hay una tendencia a la loa y homenaje al superior, al que manda. Forma inequívoca de la adulación que es pérdida de la dignidad y la moral.

Subsiste otra costumbre, que realmente debiera abolirse, porque carece de sentido: nos referimos a las felicitaciones y los votos de simpatía de las corporaciones comunales. Si representan ellas al electorado y están integradas por ciudadanos de diferentes criterios y opuestas ideologías y tendencias políticas,—cae de su peso que son improcedentes sus pronunciamientos, en ese sentido, que sus propias leyes no autorizan. Aparte que, no siempre el buen sentido y la cordura imperan en tales representaciones. Para evitar las pifias, sería preferible prohibir los pronunciamientos en cuanto asunto no sea de su propia incumbencia. Hay que evitar que se mida la gloria de los personajes políticos a través de falsas impresiones; de éxitos momentáneos. Los honores deben reservarse para los gobernantes desaparecidos. Sería más honesto y resultaría más merecidos. Pero es otra de las formas de hueca vanidad: hacerse homenajear.

Son resabios de aquella vieja costumbre, que a cada golpe, pronunciamiento o insurrección general, los pueblos ratificaban, en forma plebiscitaria, pero no siempre voluntaria. Los interesados organizaban, bajo cuerda, la pantomima. Y los pueblos no varían mucho en el decurso de los siglos. A rey depuesto, rey vitoreado. En 1859 caía don Juan Rafael Mora. Hacía muy poco era aclamado por su gloriosa campaña nacional del 56 y 57; con todo, el general Lorenzo Salazar, en su proclama, justificando su acción contra el Presidente Mora, expresó; "La tiranía acaba de hundirse al grito unísono de la libertad". Siempre se invoca a la libertad, hasta para cometer los más negros crímenes políticos. Es el abuso de las palabras, a las que se les quita todo su sentido. Don Cleto, comentando el golpe contra el Presidente don Jesús Jiménez, consigna: "Decir que sobraron gentes que atropelladamente acudieron a besar la peana del nuevo santo y a glorificar al dios éxito, para merecer sus favores, está por demás; y así, aquella revolución que en su parte material y de riesgos había sido fraguada y llevada a cabo por un escasísimo número de sujetos valerosos, fue recibida con aplausos,



La catedral de San José y el Parque Central, tal como aparecían al promediar el siglo XIX.

aun por muchos que la hubieran condenado, si en vez de triunfo hubiese tenido un descalabro".

No puede ignorarse, además, que la ciudadanía no da mandato expreso a los representantes municipales para emitir sus opiniones; simplemente les confía la administración comunal. Aparte de que, siendo los regidores de elección popular y los candidatos escogidos por grupos políticos, no siempre se selecciona entre los mejores, ni entre los más preparados y menos entre los de mejor sentido cívico.

Igual cosa se vio, para no citar más que dos casos, al asumir la jefatura del Poder Ejecutivo, también mediante un cuartelazo, don Federico Tinoco. Otra equivocación de las *honorables representaciones municipales* y de miles de ciudadanos.

Una reforma constitucional debería impedir, definitivamente, toda participación de las representaciones municipales en esa clase de manifestaciones de carácter político, que realmente no se avienen con el sentir democrático. Resulta un abuso de atribuciones y se presta—y esto es lo peor—, para intentar la justificación de hechos dolosos, cuando no criminales (*).

Consecuencia de la vieja dominación española, de corte monárquico, fue también el uso de títulos poco adecuados a nuestra vida republicana. Las municipalidades se hacían llamar "Ilustres Representaciones", por ejemplo. Otro decreto del Presidente Jiménez, de su primera administración, abolió esos tratamientos. Pero no es raro, todavía, ver casos semejantes de parte de corporaciones rurales, contra lo decretado expresamente. De donde se deduce que hay en el hombre cierta tendencia monárquica, innata, cuando no es una inclinación malsana provocada o estimulada por el servilismo, o simplemente la ignorancia.

Un varón de los setentas, comentaba lo que en su época ocurría: "Los pueblos se equivocan y suelen ser ingratos. Se inclinan ante el que manda, con sumisión de corderos y al final, condenan lo que ellos mismos contribuyeron a crear".

Carrillo fue execrado por las municipalidades. Mientras gobernó, empero, lo reverenciaron; una vez caído, lo colmaron de epítetos ingratos. Pero las apreciaciones de entonces no dan la medida de los errores de don Braulio, sino simplemente del servilismo de los hombres.

(*) 26 de setiembre de 1835.—"La Municipalidad de Cartago, una de las cuatro principales ciudades de Costa Rica, desconoce a los poderes constitucionales del Estado y promueve la convocatoria de un congreso constituyente con igualdad de representaciones". (Alfonso Jiménez).

Carrillo no fue un santo; él mismo lo dice. Fue hombre que cometió errores. Tantos, que resultó víctima de ellos. Pero también tuvo aciertos. Su nombre sigue siendo digno de respeto y admiración. Creó la nacionalidad costarricense.

7.—JUICIO A CIEN AÑOS VISTA

Revisando las colecciones de periódicos de la época, se comprueba que al trascender la noticia de la muerte de Carrillo, ocurrida en San Salvador, —el 15 de mayo de 1845,— se hicieron muchos elogios a su memoria, condenando la mano que movió el puñal homicida. Es verdad que también, mientras ejerció el poder y después de su caída, se le criticó acremente. ¿Movió a compasión su trágica muerte en tierra extraña? ¿Obró el sentimentalismo costarricense? Verso y prosa exaltaron al caído.

Pero hay un hecho más digno de apuntarse. En 1848 se hablaba del traslado de los restos de Carrillo a Costa Rica, del homenaje póstumo. El doctor don José María Castro, liberal, enemigo político de don Braulio, —que se empeñó en que, en vez de dos años de exilio, se decretara su destierro perpetuo—, tomó la iniciativa para honrar la memoria del ex-Presidente. No vinieron entonces los restos, ni han llegado nunca, porque la madre tierra los convirtió en humus, los confundió en su regazo maternal—, y acaso los hizo transformarse en eclosión de colores y aromas, en algún jardín cuscatleco,— pero es lo cierto que se produjo un gesto de nobleza y de reconocimiento.

“En nuestros días —expresa Emerson, con su voz de eternidad—, un anatomista poeta enseña que una culebra, que es una línea horizontal, y el hombre, que es una línea vertical, forman un ángulo recto, y que entre las líneas de ese cuadrante místico hallan lugar todos los seres animados, y da por sentado que el gusano, la oruga o la culebra, son el tipo o predicción de la espina dorsal”. La espina dorsal que permite al hombre andar recto, sobre pies diminutos, que parecieran no guardar relación con el peso que soportan. Asimismo sucede con el peso de los errores del hombre. Pueden pesar mucho, pero no lo encorvan, ni logran hundirlo para eterna memoria. Siempre hay dos posibilidades: una, la de la enmienda; otra, la de una recapit-

tulación de las obras buenas empequeñezca o aminore siquiera las malas... Y como el Bien y el Mal se dan la mano, nadie podrá alardear de llevar sólo una cuenta. Para entrar en el reino de los cielos se pesan las buenas y las malas obras, según reza la leyenda bíblica.

Reconocemos que Carrillo fue duro, que lo tentó el demonio de la vanidad y que pudo perpetuarse en el poder, si la traición del militar amigo, no pone al general Morazán en condiciones de asumir el mando de nuestra Patria, sin derramar sangre ni disparar un tiro. Pero tuvo un sentido de gobierno muy cabal; enfocó con tanta certeza el futuro de la nación; vio tan claro el panorama de una agricultura floreciente, de una codificación moderna, de una ordenación económica y fiscal; le preocupó tanto la virtud del trabajo, inculcada al pueblo por la ley misma; el sentido de la repartición de la tierra; el desarrollo de la industria cafetalera, en fin, el engrandecimiento de su patria, que si no cabe disculpa para su obra de usurpador y de dictador, sí pueden apreciarse sus méritos, a fin de establecer el balance. Y sin regateos, le aplicaríamos la misma frase que aquél gran periodista costarricense, Guillermo Vargas, consignó en elogio del Dr. don Jesús Jiménez, al redactar su biografía: "Ya hoy no nos queda más que su recuerdo; la vida de su pensamiento, el pensamiento de su vida".

Pensamos que un bronce, erigido al gobernante que dotó a Costa Rica de codificación, que realizó obra eterna, de bien y de belleza, no se movería nunca del punto donde se levantara, porque los años enfrían los odios y atenúan los defectos; y en contraposición, los méritos efectivos cobran cada vez mayor fulgor. Es el tiempo la criba que permite la revalorización humana. El crisol de la humanidad.

Y tal como, en los atardeceres estivales, vemos las golondrinas volar alegres, describiendo círculos y elípticas, para luego buscar refugio en alguna torre abandonada, en la grieta de un palacio a medio derruir, así también, lo que en el hombre es espíritu, algo así como pájaro que canta y vuela, no perece; vive en la memoria de las nuevas generaciones, por conducto de la tradición y se perpetúa en las páginas de la Historia, y de tanto en tanto —como en ocasión tan solemne, este centenario de Carrillo—, al evocar su nombre, sabiéndolo constructor de una nacionalidad, orientador de un pueblo, fervoroso y romántico, ese espíritu vuelve, como ave peregrina, y busca

refugio en las agrietadas conciencias de los hombres —víctimas del odio y de la venganza—, pero de las cuales como criaturas hechas a imagen y semejanza de Dios, brota el perdón y sus ojos no sufren eclipse para hacer la valoración correspondiente. Las grietas del alma recogen piadosas ese espíritu peregrino, que en los cuarteles de la inmortalidad, vive la gloria de la luz eterna, por lo que tuvo de grande, de virtuoso y de humano. Porque es de humanos caer en errores pero no es de todos, ni para todos, la virtud de soñar una nación grande, próspera y soberana, como soñó Carrillo a su Costa Rica, nuestra Costa Rica.

El duelo de su pérdida no pasa. Se lamenta cada vez que vemos a la República sufrir nuevas caídas. ¡Que la luz inmarcesible de la eternidad, ilumine siempre la figura próspera de Braulio Carrillo!

Octubre de 1945.

(*) En 1971 fue declarado benemérito de la patria.

ASCENDENCIA Y DESCENDENCIA DE BRAULIO CARRILLO

(DEL ARCHIVO DE DON ERNESTO QUIROS)

(1800 - 1845)

Francisco Carrillo: nació en 1570; casó con Ana Aguilar en 1590.

HIJA

Juana Aguilar: nació en 1600; f. 1672; casó con Juan Gómez Bonilla.

NIETO

Francisco Carrillo: nació en 1632; f. 1672; casó con Juana del Pueyo.

BIZNIETO

Manuel Carrillo: nació en 1670; of. herrero; casó con Catalina de Córdoba.

TATARANIETO

Francisco Carrillo: nació en 1695; testó en Cartago el 19 de abril de 1741; casó con Petronila Cascante.

QUINTA

Manuel Carrillo: nació en 1710; f. en 1777; casó con Juana Nicolasa de Vida Martel.

SEXTA

Benito Carrillo: nació en 1744; casó con María de Jesús Arburola o Colina. (Mayo 20 de 1779).

SETIMA

Braulio Carrillo: nació el 22 de marzo de 1800; f. el 15 de mayo de 1845; casó con Froilan Carranza Ramírez, el 14 de junio de 1830. (Ella fue hermana de don Bruno Carranza, que también ejerció la presidencia: De este matrimonio hubo los siguientes hijos: Esmeralda, Braulio, Joaquina, Clarisa y Carolina. (*)

OCTAVA

Esmeralda casó con Juan María Castro Chacón, siendo sus hijos: Alejandro, Trinidad y Sandalio Castro Carrillo. Solamente quedó descendencia de Alejandro, Sandalio, Joaquina, Clarisa y Carolina se quedaron solteras; Braulio se casó y tuvo dos hijos: Braulio y Mercedes, que murieron solteros.

NOVENA

Alejandro Castro Carrillo: casó con Adelina Dobles Sáenz; siendo sus hijos: Jael, Lía, Elisa, Susana, Alejandro, Miguel, Juan María, María del Socorro, Adelina, Otoniel, Lilia y Carmen. (Elia y Juan María fallecieron). Trinidad Castro Carrillo: murió soltera.

Sandalio Castro Carrillo: casó con Peregrina Rivas Sáenz; siendo sus hijos: Nelly, Osías, Helí (residente en Nueva York); Efraím (residente en Nueva Orleans); Dora, Tulia, Fanny (residente en Nueva Orleans); Ruth, Fabio, Enrique, Orminta y Elmer. Han fallecido: Ruth, Fabio y Elmer.

(*) El sexto, don Manuel, tuvo una hermana llamada Agustina Carrillo, que casó con Manuel Sanabria, en 1739, ascendiente del señor Arzobispo de San José, Monseñor Víctor Sanabria Martínez.



General don Francisco Morazán.

INTERPRETACION HISTORICA DEL MOMENTO MORAZANICO

1.—MOMENTO MORAZANICO 1821 - 1842.

Para André Maurois lo esencial en la biografía moderna es la "investigación valiente de la verdad". La historia no debe ser sino la verdad escrita. La tradición recoge el recuerdo de los hechos, adulterados por la flaqueza de la memoria de las gentes y por el sentir y la pasión que alienten cada uno de los que repiten el caso. Es cierto que también la historia suele adolecer de este defecto. Pero la comprobación de documentos que otros pueden leer y la propia ética del investigador, cuyo nombre pone en juego con cualquier adulteración voluntaria, ya garantizan la veracidad de la relación llevada al papel. La verdad nos hará libres, dicen las Sagradas Escrituras. La verdad debe inspirarnos siempre. Pero en esta ocasión no intentamos una biografía ni tratamos de escribir una página histórica. Sobre la vida del general Francisco Morazán se han amontonado los apuntes biográficos. En el siglo pasado porque se le tuvo como el más alto exponente del sentir unionista, unas veces; otras, con motivo de homenajes póstumos, en los diferentes países donde le tocó actuar. Ultimamente hemos leído cantidad de referencias con ocasión del centenario de su muerte. Pocas figuras han sido tan discutidas como la de Morazán. A unos los apasiona hasta el grado de que llegan a ponerlo en paralelo con Napoleón, por su genio militar, o con Bolívar, por su acción libertadora. Como la historia la hacen los hombres,—y sus análisis están sujetos a sus propias pasiones, sus errores y sus equivocaciones— suele adolecer ésta de defectos de interpretación o de apreciación. Las cosas se juzgan, ya se dijo, según el color del vidrio con que se miran. Para unos, Morazán es un caudillo, un genio de la guerra y un político legislador; para otros, fue un romántico que buscó en la fuerza de las armas el apoyo para realizar su gran ideal cívico: gobernar una gran nación.

En estas condiciones, nos proponemos intentar el retrato psíquico, el estudio del alma compleja del caudillo unionista y la interpretación del momento histórico en que le tocó actuar. Así podremos hacer un balance y situar a Morazán en el sitio de honor que le corresponde por su actuación política y militar, que ocupa no pocas páginas de la historia centroamericana. Nuestro trabajo ha sido formulado en el

decurso de pocas semanas y a ratos restados a la actividad periodística. Comprendemos que debimos disponer de mayor tiempo. Pero declaramos, también, que la figura de Morazán nos ha interesado desde que la conocimos en las lecciones de historia patria de la escuela primaria y que mucho hemos cavilado en el decurso de nuestros años de investigación histórica, tratando de concatenar las disímiles apreciaciones leídas para encontrar el justo medio en que se asientan el prestigio y la gloria del caudillo. La efemérides centenaria nos movió a concretar las ideas en estas páginas. Quizá habría sido preferible que nos aconteciera lo que a Stefan Zweig con la “Vida de Balzac”,—su obra cumbre—, que después de veinte años de paciente trabajo hubo de suspenderla mientras se reabren las fuentes documentales, en la Europa convulsionada, en un supremo esfuerzo de parte de las naciones de arraigo democrático, por garantizar a la nueva humanidad el disfrute completo de la libertad y el goce amplio de la democracia, establecida sobre bases de justicia y de fraternidad.

A fuerza de prodigar elogios y de aplicar calificativos impropios suelen deformarse las figuras que pasan a la historia por sus actuaciones. No nos extrañe que cien años hayan permitido deformar la figura de Morazán. Walt Whitman ha citado el caso de Abraham Lincoln. Se le atribuyen tantas anécdotas, se le han inventado tantas historias, ha sido objeto su vida de tal número de volúmenes, que ya cuesta distinguir el verdadero Lincoln, padre de la democracia norteamericana, del Lincoln falsificado.

2.—MAS QUE LOS HECHOS HISTORICOS EN SI, DEBEN PREOCUPAR SUS REPERCUSIONES.

Del gran historiador mexicano, recientemente fallecido, Carlos Pereyra, se dijo: “Más que escritor de monografías, es un pensador que jerarquiza los hechos, que los sitúa en el plano justo que les corresponde, para deducir de ellos luminosas consecuencias y reflexiones”. La historia suele adobarse y reformarse, con leyendas negras y blancas. Si no es a base de sinceridad, no se depura la historia. Si se amontonan fárragos de literatura, de ditirambos, nunca podrá hacerse obra perdurable. Autores consagrados afirman que es poco menos que imposible fijar la verdad histórica estricta; o sea en otras palabras, que esa verdad no existe prácticamente. El historiador, como el juez,—humano también— cuando lo es de verdad, ahonda la causa, analiza las condiciones

psicológicas, compara las causas naturales, relee los documentos y las pruebas, estudia el medio geográfico, considera el ambiente, hace deducciones, interpreta los hechos y madura su fallo, que a veces le obliga a largas horas de vigilia. Es que hay un sentido de responsabilidad. El historiador debe tenerlo también.

Más que los hechos históricos en sí, han de preocuparnos sus repercusiones, sus alcances; los poderosos factores psicológicos determinantes. Especialmente cuando se trata de analizar actuaciones históricas de orden político, producto exclusivo de la espada de un hombre: Napoleón, Bolívar, Morazán. —¿Los grandes hechos históricos, son producto de la espada?, preguntaron un día a ese admirable prosista guatemalteco Carlos Wyld Ospina. Su respuesta fue: “Ningún guerrero, reformador ni estadista, por decisiva que se suponga su acción, posee la aptitud para determinar ni tampoco para evitar la realización de un hecho histórico que afecte a toda una nacionalidad o tenga proyecciones verdaderamente universales. Esto es, al menos, lo que indica la experiencia”. Hay que hacer la discriminación entre el hecho histórico y el genio individual. Los grandes hechos históricos no son, no pueden ser, producto exclusivo de la espada. Deben buscarse las profundas causas naturales, los poderosos factores psicológicos, que fueron parte determinante de esos hechos. Los genios individuales, los que se toman como tales, suelen rodearse de una aureola que realza su figura para quienes juzgan sin ahondar las causas. Y cuando el proselitismo cobra alcances, es difícil la tarea de reajuste histórico.

Aceptamos que “las acciones individuales son hechos de superficie, —simples fenómenos en la mayoría de los casos— y sólo sirven como materiales objetivos, porque apenas poseen el valor de un dato y la importancia de un índice que señala una causa original, sin determinarla. El devenir histórico es producto de una mezcla: la voluntad y la predestinación biológica”. No puede hacerse historia, pues, sin analizar la época en que el hecho se realiza, el medio en que el héroe actúa, sus condiciones psicológicas, sus antecedentes de familia. Hay que pesar hasta sus ANTEPASADOS. “De aquí la necesidad ineludible de la exégesis, la cual no puede partir sino de la interpretación racional de los hechos globales”.

Perdóñesenos que insistamos en las citas. Para dar base consistente a nuestro estudio es preciso reafirmar este concepto, de que los grandes hechos históricos no son producto exclusivo de la espada, y por eso

agregamos estas ideas de Wyld Ospina: "Desde luego no lo son; no pueden serlo. Profundas causas naturales, poderosos factores psicológicos, son parte a determinar esos hechos. Aunque la historia no los tome en cuenta, porque se limita al relato de los sucesos como obra personal de sus actores, la historia está obligada a ir mucho más allá e investigar aquellas causas profundas. La tarea es ardua, difícil, hasta parecer a veces imposible, por la sencilla razón de que las influencias naturales y psíquicas no siempre tienen naturaleza ponderable. Establecer la existencia de tales factores y comprobar su acción, tanto en el medio como en el individuo, es cosa que entra a menudo en el campo hipotético, rehuído atinadamente por los historiógrafos. Pero la historiografía vale poco si no pide la ayuda de la historia". Sentadas estas premisas, nos declaramos de acuerdo con el periodista salvadoreño Viera Altamirano: sería preciso escoger el hombre capaz de hacer una biografía de Morazán, capaz de hacer un libro que ruede por el mundo entero, por la sinceridad con que esté escrito y el valor documental y analítico que lo caracterice.

Nos corresponde hoy, —y son pobres nuestros alcances,— hacer una interpretación histórica del momento morazánico. Es grande nuestra temeridad al intentarlo. Mas sería pobre nuestro homenaje a la memoria del gran caudillo centroamericano si nos limitáramos a hacer una biografía. Quizá sería una copia de una o la síntesis de las tantas que conocemos, y entre las cuales ocupa primer lugar la de don Lorenzo Montúfar, el apologista más entusiasta de 1879. La figura de militar apuesto y valeroso; y su temperamento romántico y aventurero, han rodeado a Morazán de una aureola de gloria. Se le sitúa como un vocero del liberalismo imperante en aquella época, empeñado en consolidar nuestra independencia de España, y tal si esto fuera poco, se exalta su figura como la del visionario que fincó el porvenir de los pueblos istmeños en la federación, para formar una Patria Grande. Enfocada su figura de tan diversos ángulos, ha quedado fuera de foco. Sin restar méritos a su personalidad de gran batallador, sin regatear elogios cumplidos a su férrea voluntad, ni a su temperamento idealista, intentamos nuestro análisis interpretativo. Pero establecemos de previo que Morazán actuó como un gran romántico, adelantándose a su época, sin que estas conclusiones, —producto de un análisis ajeno a todo partidarismo— amengüen la brillantez de su obra unionista, que ha hecho posible que se le convierta en el símbolo de ese ideal, no realizado en el decurso de una centuria, y que quizá no hemos de ver

realizado nosotros tampoco, a pesar de que las naciones pequeñas sólo tienen el amparo de sus dioses tutelares, de su cultura y de su civismo; del apego de sus pueblos a la justicia y del anhelo de fraternidad que las anime, en oposición a los móviles que mantienen en guerra a muchos países, envilecidos y envalentonados por el odio, que nada construye, y por las aspiraciones de grandeza que hicieron posible la existencia de los Atilas.

3.—PANORAMA CENTROAMERICANO 1821 - 1842.

Hemos de enfocar, preferentemente, el panorama centroamericano en los azarosos días finales de la Colonia y los albores de la Independencia. La vida en los días coloniales sólo dejó un recuerdo ingrato: algunos conquistadores se impusieron por la fuerza de su espada; crearon fuertes tributos; trataron a los nativos como a pueblos sometidos. Por su lado, los clérigos levantaban templos y hospitales que exigían grandes inversiones; atemorizaban a sus fieles con los castigos, y si bien realizaban una obra piadosa de conversión al catolicismo, a la vez que llevaban consuelos materiales, allí donde hacían llegar los destellos de una nueva civilización, es lo cierto también que esa obra pesaba sobre las pobres economías indígenas. Dos fuertes salidas tenían que soportar: las impuestas por las autoridades políticas y las que debían ofrecer como reconocimiento de su cristianización a los representantes de Cristo en sus tierras. Muchas cargas y pocos halagos, puede ser el resumen de la vida colonial. Caro se pagaron los esfuerzos civilizadores.

Intentemos un sucinto recuento de los factores determinantes del medio geográfico. La Independencia llegó como por obra y gracia del Dios de las Naciones. Gritos de rebeldía no dejaron de oírse, de tanto en tanto, aquí y allá, pero no puede decirse que la obra de la cultura cívica, ni la fuerza de la conciencia ciudadana, tuvieran entonces el impulso necesario para canalizar las aspiraciones libertadoras y realizar la conquista de la autonomía política, así exigiera una gesta heroica digna de la espada de un Bolívar, un San Martín o un Sucre. El oscurantismo era la nota dominante. Las clases altas cerraban toda posibilidad de instruirse a los grupos de indígenas que más tenían un carácter de bestias de carga, que el de seres humanos dignos de consideración y respeto.

Cinco secciones, —de características diferentes— de territorios no repartidos equitativamente, sino caprichosamente, a ratos sin saber con

exactitud hasta dónde alcanzaban las fronteras de uno y otro; sin poblaciones semejantes, porque eran muchas las tribus indígenas que las formaban y unas vivían en guerra abierta con las otras; se robaban sus bienes, sus mujeres y se destruían sus rancherías, predominando la ley del más fuerte, y manteniendo vivo el odio, la sed de venganza, que estimulaban los golpes de sorpresa, para burlar las ventajas del mayor número de combatientes disponibles; su mejor adiestramiento para la guerra, tal el panorama geográfico-social. Era una vida agitada, de pillaje, robo y matanza, sin otro objeto que el de subyugar a los más débiles. Cinco provincias distanciadas y sin contar con medios fáciles de comunicación: ni caminos de tierra o agua, cómodos. Estas dificultades hacían tardía y a veces ineficaz la administración pública y la aplicación de la justicia. Los gobernadores podían sentirse amos y señores. Hay que sumar a esto que dichas provincias eran pobres. Hasta de ropas carecían sus habitantes. En medio de las riquezas naturales de sus tierras, vivían miserablemente. Ni geográfica, ni política, ni económica, ni etnológicamente podían localizarse puntos de contacto. No había unidad humana. La tónica era la desigualdad. La hermana mayor, Guatemala, por haber sido el asiento de la Capitanía General del Virreinato, contaba con un núcleo aristocrático, que por lo reducido y ensimismado, hacía contraste con el número de sus nativos, sometidos a cruel esclavitud.

Como una consecuencia natural del olvido en que España tenía a nuestras pobres provincias, los movimientos libertarios de México y Sudamérica hicieron posible la independencia de Centroamérica, sin costo alguno; con una que otra protesta de los monárquicos que creían terminada su preponderancia política, económica y social. No pocos de los españoles monárquicos pensaron que era mejor acomodarse a la nueva situación y hasta tomaron parte activa en la organización de los nuevos estados. Después de todo, ya estaban desvinculados de su patria y su mejor suerte dependía de sus actuaciones dentro del nuevo régimen. No había muchas cabezas dirigentes y la inopia de la ciudadanía, si bien facilitaba la improvisación de dirigentes, —porque en tierra de ciegos el tuerto es rey— hacía más compleja la organización administrativa.

Se caracteriza la vida independiente por una política tambaleante, insegura. Las clases altas suspiraban por volver a la monarquía; las clases dirigentes temían a México, de mayores recursos, y hasta se inclinaban por solicitar la anexión. Costa Rica, la más lejana y la más

pobre de las provincias, —aislada por la distancia y por el olvido—, era simple observadora. Sus prohombres pensaron que era preciso “esperar a que se aclararan los nublados del día”. Surge la idea federativa. Había que unificar la administración, la economía; los símbolos nacionales, para darle alguna fisonomía al nuevo estado político. Que en lo demás, los estados todos siguieron viviendo olvidados de los vecinos, salvo aquellos más cercanos, donde era más efectivo el influjo de la nueva organización y donde las rivalidades eran más visibles.

Pero se crearon obligaciones recíprocas; una de ellas el aporte de fuerza militar. El cupo federal de cien hombres más doscientos milicianos que pidió el presidente don Manuel José de Arce, en marzo de 1826, en virtud de lo dispuesto por la Comisión del Congreso Federal, en defensa de la libertad y la absoluta independencia de Centro América. Después se pensó en tener cuatro mil hombres en pie de guerra y a Costa Rica se le señaló un cupo de 400. Es de pensar en la modestia que esta disposición pudo causar en un pueblo tranquilo, acostumbrado a vivir en paz. Los soldados debían alejarse de sus hogares, para hacer un viaje largo, penoso y peligroso. Acaso para no regresar. Costa Rica carecía de armas y de dinero para hacer el envío del cupo de soldados que le correspondía. Y lo más grave era la distancia que debían recorrer, sin contar con caminos transitables y sin medios para hacerlo por la vía marítima.

Don Felipe Molina, en su Bosquejo de 1851, pinta la situación de Costa Rica así: “Hecha la independencia y elevada Costa Rica a la categoría de estado en la Federación de Centro América, ese mismo aislamiento que tanto le había perjudicado, se convirtió en principio de felicidad, impidiendo que el país fuera envuelto en las prolongadas guerras que tuvieron lugar entre los demás estados y el Poder Federal, o de unos estados contra otros; al paso que el comercio libre, la paz general, la extinción de piratas, el ingreso de forasteros y la introducción de nuevos cultivos y de maquinaria le comunicaron al país un rápido impulso que lo ha conducido al grado de prosperidad en que se mira”.

No podía hacerle mucha gracia, a Costa Rica, años más tarde, la idea de volver a la Federación. La experiencia es maestra. Nuestros abuelos pensaron que era mejor ser cabeza de ratón que cola de león.

El panorama centroamericano era el resultado de la dejación y el olvido que vivimos durante el coloniaje.



Oigamos el “Mensual de la Sociedad Económica de Amigos del Estado de Guatemala, de junio de 1830, N° 3.

“Cerca de tres siglos de gobierno absoluto produjeron resentimientos y enconos que estuvieron reprimidos por igual espacio de tiempo. Llegó al fin el de exhalarles: se gritó INDEPENDENCIA; y empezó la lucha tan obstinada como sangrienta, entre los españoles que querían conservar sometida y los americanos que deseaban emancipar la América. Vencidos los primeros por la energía que da siempre el espíritu de libertad, empezó la otra contienda tan horrorosa como la primera. Los que estaban acordes sobre la independencia de la América, no lo estaban sobre la forma de gobierno. Faltaban luces en las ciencias administrativas que no se han cultivado; faltaba experiencia en los actores que por la primera vez se presentaban en las tablas: faltaba el conocimiento científico de los pueblos a quienes se había de dar leyes. Lucharon unos contra otros, los que debían ser hermanos. Se derramó su sangre y hubo muertes y errores”. Esta descripción es de un contemporáneo.

Nuestra interpretación del momento que vivía Centro América al declararse la independencia, tiene también su apoyo en esta frase de Federico Hernández de León, en “El Libro de las Efemérides” (1925):

“Los peninsulares, los criollos, los españolizados, se manifestaban en su gran mayoría y mostraban sus inclinaciones a la restauración de regímenes abolidos y disponían de las abrumadoras masas analfabetas. Los patriotas estaban en menor número y llegaron a ser objeto de encono, por parte de los amigos de la anexión”, (a México).

Y más adelante agrega:

“Deben consignarse los nombres del doctor don Pedro Molina, de don José Francisco Barrundia y de don José Francisco Córdova, como la trinidad patricia que se oponía con toda la brillantez de su dialéctica y de su valor moral, a la independencia”.

Costa Rica reasumió la plenitud de su soberanía, por decreto de la Asamblea Constituyente de 14 de noviembre de 1838.

En Guatemala se quejaba el doctor Molina del “desorden en que el Estado se ha visto en el largo período de siete años. Cualquier incidente ha sido causa de una relajación en el régimen constitucional, y ha motivado leyes de circunstancias que son las que minan constante-



Iglesia de La Merced, al costado oeste del antiguo Palacio Nacional en cuyo recinto se juramentaron, el día 6 de setiembre de 1824, los representantes al Primer Congreso Constituyente.

mente la ley fundamental, las que inducen una perniciosa perplejidad en los que obedecen, no sabiendo ya a qué atenerse; y las que todo lo enredan convirtiendo la legislación en un caso inexplicable". (Exposición a la Asamblea de 6 de febrero de 1838). Pero en lo social no andaba mejor la hermana mayor. El mismo don Felipe Molina decía en otra nota: "El Gobierno ve con dolor que no han tenido hasta ahora todo el efecto deseado sus providencias, dirigidas a reprimir los excesos de las partidas armadas que afligen a varios pueblos del Estado y que mantienen en continuo sobresalto al hacendado y al comerciante". (Pág. 49-50 de Montúfar, Tomo III).

Las hermanas del Norte, Guatemala, Honduras y El Salvador, terminaron por entrar en una lucha feroz. En ese momento aparece Morazán, como abanderado de la independencia. Fue llamado por el Jefe del Estado de Honduras, don Dionisio de Herrera, a servir la secretaría general, en setiembre de 1824. Entonces se apreció la inclinación de Morazán a la guerra.

Consecuentemente, al llegar Morazán a Costa Rica, en 1842, llamado por los enemigos de Carrillo, que vieron en aquél su salvación, —y tomando en cuenta la experiencia de los tres años de vida federativa— no podían los costarricenses mirar sin recelo una nueva aventura unionista, en la cual tocara a nuestra nación el aporte de hombres y de dinero, totalmente, mientras se llegaba a Nicaragua, por lo menos. Pero quienes llamaron a Morazán, no contaron con la huéspeda, seguramente. Tuvieron la ingenuidad de creer que él vendría a deponer a Carrillo, y que a lo sumo se contentaría con asumir el poder. Como ya había experimentado en los otros países, era posible pensar que se olvidaría de sus afanes unionistas: Mas no fue así.

4.—LIBERALES Y CONSERVADORES

Parece natural que, en el curso de este análisis, nos ocupemos también de hacer una interpretación del momento político, y desde luego, de los orígenes de la división de la ciudadanía en liberales y conservadores. ¿Por qué no se formaron bandos monárquicos y republicanos? ¿O demócratas e imperialistas, por ejemplo? ¿Qué sentido tenía ese término liberal?

Hay que retroceder hasta los días en que funcionaban las Cortes de Cádiz con representantes de nuestras naciones. Costa Rica tuvo la suerte de que el presbítero don Florencio del Castillo, no sólo fuera

diputado, sino que llegara a ocupar la presidencia. Y ¡cómo resuenan sus ideas democráticas todavía! ¡Cómo vibra su voz en defensa de los indios! En esas Cortes fue donde comenzó a hablarse de liberales. Eran los diputados que pedían reformas sociales, económicas y políticas. Eran los hombres en quienes hacía eco el enciclopedismo francés. Allí comenzaron las pláticas sobre la libertad de pensamiento, la libertad económica y política. Los que pensaban que lo mejor era el *statu quo*, mantener lo existente, o a lo sumo mejorarlo, esos eran los conservadores. No tuvo, pues, el término liberal, en aquellos días, una acepción de carácter religioso, dogmático. Tal movimiento, era natural, tenía que reflejarse en nuestras tierras. Aquí también había elementos avanzados. Desde varios años atrás se venía formando el grupo rebelde, que pedía la independencia. Se daba el caso de que sacerdotes enfilaran en el grupo liberal; como los había en el partido conservador. Ya en 1821 encontramos en Costa Rica un sacerdote liberal: el padre Miguel Bonilla.

El liberalismo centroamericano tuvo su origen en la protesta viva contra las clases altas, predominantes, que deseaban mantener sus privilegios. Por eso se oponían a la independencia. Por eso mismo trataron de anexionarse después al imperio de Iturbide. Los privilegios de la nobleza tocaban a su fin.

Monseñor Sanabria lo consigna muy bien en su libro “Primera Vacante de la Diócesis de San José”, (1935). “Es innegable que en el fondo de esas usurpaciones e intromisiones del Estado, había o podía haber un germen de liberalismo verdadero. Fero era un liberalismo que podríamos llamar “criollo”, hijo legítimo del regalismo español, que muchas veces hacía alarde de protector de la Iglesia en los mismos momentos en que dictaba esas disposiciones anti-eclesiásticas”. Otro fue el sentido que inspiró a los liberales del 71. Fue una reacción política con todo su cortejo de males. Los propios de toda reacción. En Guatemala una reacción contra el régimen de Carrera.

Morazán, romántico al fin, se enfiló en el liberalismo y como tal actuó en Honduras, Guatemala y El Salvador. Una modalidad del liberalismo centroamericano fue la aspiración a unir los cinco estados, restablecer la Federación. En ese punto estaba el nexo de Morazán con los liberales. Muy a pesar de haberse desarrollado en sus primeros años al calor de dos buenos sacerdotes. No fue Morazán un impío prototipo de perseguidores de la Iglesia, comenta Monseñor Sanabria.

5.—LA FIGURA FISICA Y MORAL

Físicamente era alto, delgado, tez blanca, de perfiles finísimos, como el tipo helénico; cabeza firme, erguida, todo bizarría en el continente. Atraía su figura, y atraía también su palabra, peculiar en su modulación y dócil al pensamiento. Sobrio en sus costumbres, en sus actos. No le llamaban las diversiones, y huía de la ostentación, inclusive la militar: jamás usó galones ni se ciñó espada al cinto sino para ir al combate. Declinaba las demostraciones de adhesión, los banquetes y los séquitos. Afirman sus biógrafos que, siendo Jefe de Estado, llegaba a su oficina trajeado de levita, con sombrero bolero. No tenía guardia en su casa, ni soldado a su servicio. Tal lo describe Leonardo Montalbán.

Frente a su retrato se siente cierta impresión de respeto y admiración. Hay rasgos fisonómicos en su rostro que revelan un temperamento guerrero. Pero la bondad no era ajena a su corazón. "Alto, delgado, recto, marcial; sus maneras suaves, su acción desenvuelta con cultura y su palabra fácil, acompañada de una modulación irresistible, atractiva", dice otro comentarista (A. Grimaldi).

Parece natural que tras él fueran los prosélitos. Tenía la distinción de un gran capitán. Podían ser escasos sus conocimientos militares y estratégicos, pero su valor, su idealismo siempre presente en todos sus actos, le rodeaban de simpatías.

Hernández de León afirma que "Morazán adoptaba actitudes, pero rompía su firma y quebrantaba su palabra; no correspondía el principio a sus finalidades".

Siendo un liberal, un patriota, creó la dictadura. Donde gobernó, hizo sentir el peso de su espada. Con la dictadura de Morazán se inició el período liberal de los diez años, siete de los cuales se llevó el gobierno del doctor Gálvez, consigna el propio Hernández de León, cuya palabra de guatemalteco y de investigador acucioso, tiene para nosotros gran valor.

Puede que hubiera en Morazán un complejo de inferioridad que lo hiciera débil ante la sugestión del amigo. ¿Acaso no dirían a Morazán, como a Bolívar, sus generales:

—“Poneos la corona imperial y, con la punta de nuestras espadas, la sostendremos en vuestra cabeza”. En su caso: —“¿Unid a Centro América y os haremos su presidente?”

Sigamos leyendo a Hernández de León, que aclara el punto:

“El general Morazán a los finales de su vida, tomaba caracteres de déspota y el destino lo cegó, hasta perderlo para siempre. Morazán era un hombre superior. Pero tenía las debilidades que le tocaran como humano. No tuvo fuerzas para desbrozar su alma, y las pasiones pequeñas que achican, le empujaron a la sima del crimen. A las últimas, desconoció la piedad, se hizo sordo a los deberes supremos de la amistad, creyó que la disciplina militar estaba sobre los altos principios de la generosidad y cayó en un error que repercutió en toda la América Central”.

El destino ciega a quien quiere perder. Los propios actos de Morazán le hicieron deshacerse de amigos tan leales y tan destacados como el doctor Molina.

Las vidas totalmente ejemplares, —ha dicho Palacios— son aquellas que abarcan los dos polos de la palabra y la acción, puestos ambos al servicio de una obra colectiva. Morazán no tenía la pasta que le hiciera creador de pueblos. Lo movió un gran romanticismo, que tuvo visos de gloria, mientras sus mentores espirituales lo guiaron. Cuando actuó por su propio criterio, ya no marcó sendas de bien sino que se tornó en animador de la fuerza contra todos los principios de humanidad y de justicia, de lealtad y de amistad.

De Napoleón se dice que de no haber terminado en Santa Elena, prisionero, su nombre habría perdido mucho de su prestigio; que su gloria sería bastante menor. A Morazán lo salvó el cadalso. Lo convirtió en mártir de su ideal. “Como los héroes de Esquilo, parece que estuviesen consagrados a un destino inexorable”.

6.—ANALICEMOS EL SUJETO

Para Morazán, la guerra era la mayor atracción; en ella cifró su gloria. Cuestión de temperamento. “Henry Fabre allanó su vida al más humilde oficio: averiguar cómo viven y cómo mueren seres a quienes Dios concedió un leve soplo de su poder vital. Descubrió el secreto de las vidas de los insectos y conquistó nombre. No hizo poemas ni condujo soldados a la gloria, pero sus relatos cobraron visos de erudición milagrosa”. Morazán luchó, dio su vida por un ideal que al cabo de una centuria sigue siendo quimera; aspiración sin realizar. Así, la seducción de la paz inmortalizó a uno y la seducción de la guerra creó el pedestal en que se asienta la gloria de otro.

Orígenes.—¿De dónde había salido? No había salido de las clases privilegiadas; no contaba con pergaminos de nobleza ni con ascendientes de sangre ilustre cuyas hazañas le hubieran servido de ejemplo para levantarse como ellos o superarlos, so pena de concluir en él, oscuramente, la gloria de su linaje. Tenía, es verdad, sangre corsa como Napoleón el Grande; pero esta circunstancia, si en ella hubiera encontrado un estímulo, nada habría significado, por sí sola, a no haber concurrido en él otras para que fuera lo que fue. Morazán había salido del pueblo, que es de donde han salido los grandes héroes, timbre y orgullo de la Humanidad. Así habla el historiador hondureño, don Rómulo E. Durón, recientemente fallecido. Hay que respetar en Durón, como en Heliodoro Valle, su hondureñismo. Los hombres valen por su espíritu cívico, tanto o más que por su talento. El talento puede ser instrumento del bien o del mal, indistintamente; además, es un don que se trae al nacer. En tanto el civismo hace posible que los hombres y sus naciones crezcan en bienes. El civismo lo crea el hombre y sólo tiene una finalidad: el bien. Si el civismo es acción, se traduce en realidades; si se concreta a simples frases, es estímulo y es ejemplo. Crea la acción obra material; crea el estímulo, aspiraciones que pueden traducirse en realidades. Para nosotros el hombre ha de ser un conjunto de idealidad, de civismo, de voluntad, puestos al servicio del bien.

Temperamento.—Morazán fue un gran romántico. Vivió en la época en que el romanticismo señalaba una influencia por todos los rumbos. Como Lord Byron, buscó la lucha, la hazaña que le diera nombre, fuera de su patria.

Sus virtudes.—Con frase ajena apuntamos: "Era franco en sus procederes y sincero en sus ideas. Republicano decidido; no quiso aceptar la dictadura que le ofrecieron sus adversarios". Son palabras de nuestro don Cleto González Víquez.

¿Fue un autónomo?—No se puede precisar bien si tuvo inspiraciones. En sus memorias de David, en sus proclamas, en sus actos de gobierno pareciera reflejarse el talento del doctor Molina, la sagacidad de Saravia. Le sedujeron las matemáticas, la historia, el dibujo y el derecho civil. Por la sangre había algo que lo empujaba a la aventura. Su gran ideal se compendia en dos palabras: liberal y unionista. Todo lo supeditó y lo sacrificó a su supremo ideal unionista.

Su cultura.—"No tuvo maestros sino de primeras letras. Se mencionan como sus preceptores más distinguidos dos humildísimos frailes,

doctores en la doctrina cristiana: Santiago Gabrielín y José Antonio Murga. Después se ilustró solo, apunta Montalbán. Era un autodidacto. Sus primeros años los pasó al lado de un sacerdote; su tío. No dio entonces muchas muestras de su capacidad. Fue el destino reservado. Los rasgos de la letra de Morazán revelan un temperamento fuerte. Trazo inglés, seguro y claro. Hacen pensar en un hombre poco común. El análisis grafológico puede dar algunas luces.

El político y el militar.—Varios historiadores le han considerado como un hombre demasiado idealista. Era la nota predominante en él. Lo que le daba cada día nuevas fuerzas y ponía más distante su objetivo, sin que desmayara. La dificultad se convertía en refuerzo de alientos. Libró muchos combates. No quedó tradición de su estrategia. Para unos era muy impulsivo. Se le enaltece o se le denigra acremente. Iguales proporciones cobran el elogio y la crítica en sus biógrafos. Don Cleto González Víquez apuntó: “Militar sobre todo; se crecía en el campo de batalla, y sus excelsas condiciones de mando, de estrategia y de valor, se manifestaron de modo que asombra; pero no había nacido para la faena diaria del gobierno, ni para los trajines administrativos, ni para conducir pueblos en paz. Era un caudillo, era un capitán valiente y un hábil estratega; no era un estadista ni un político. Sabía vencer, no utilizar la victoria; sabía pelear, no gobernar”. No puede olvidarse que: “La vocación es la reunión, en un individuo, del interés y la capacidad para determinada función”. Un hombre de estado, debe ser valiente, debe ser enérgico y reposado en el actuar; pero también debe tener un gran discernimiento y una gran capacidad para no dejarse sorprender ni por las pasiones, que son malas consejeras; ni por los intereses que a su alrededor se muevan, ni por ningún otro objetivo que no sea el de realizar el mayor bien posible, el de ajustarse siempre a la ley.

El medio geográfico.—Le toca actuar a Morazán en un momento difícil y en un medio estrecho. Era época de construcción de naciones; de modelación de pueblos; de formación de ciudadanías. Todo estaba por hacerse. Faltaba luz y faltaba experiencia. Cada hombre debía ser su propio educador. Como diría Spencer: “había que preocuparse por lo próximo, sin despreciar lo lejano. La idea bolivariana pudo salvar a América y sin embargo todavía podría profetizar Martí: “Mucho tiene que hacer Bolívar en América”.

7.—¿MORAZAN ERA LIBERAL O CONSERVADOR?

Es curioso pensar que nuestros pueblos no se dividieron, a raíz de la Independencia, en monárquicos y republicanos; en federalistas y separatistas, sino que se clasificaron en dos grupos, rivales, enconados: liberales y conservadores. Hernández de León, tan periodista como excelente historiógrafo, señala en “El Libro de las Efemérides” (1925) que “los peninsulares, los criollos, los españolizados, se manifestaban en una gran mayoría y mostraban sus inclinaciones a la restauración de regímenes abolidos y disponían de las abrumadoras masas analfabetas. Los patriotas estaban en menor número y llegaron a ser objeto de encono, por parte de los amigos de la anexión a México”. Podemos aplicar la censura de Hernández de León a Trinidad Cabañas, a muchos de los dirigentes centroamericanos de aquel momento evolutivo, que se dividieron en liberales y conservadores, muy posiblemente por simple deseo de ponerse una etiqueta: eran honrados y valientes en toda la extensión de la palabra. “El tipo liberal a macha martillo. Casi estoy por decir que eran liberales sin saber lo que significaba el vocablo, tal era su liberalismo. Tal era, también, su conservatismo”. Y sigue su severo juicio sobre Cabañas. “Y, además, unionista de los fanáticos, y, también estoy por asentar que no se daba cuenta de lo que entrañaba la unión. Ser unionista y ser liberal, eran el alfa y la omega de la vida del general Cabañas. Por eso militó al lado de Morazán y peleó junto con Barrios”. Lo que se dice de los liberales puede afirmarse de los conservadores. El nivel cultural era pobre. La tónica la ignorancia. Los que sobresalían eran como iluminados. Los escogidos que podían aprovechar las luces que los clérigos llegados de España aportaban; los que se codeaban con los pocos señores, de realeza efectiva, que con sus modales y decires ya enseñaban. Ese ambiente de gente bien era educador. Mas no todos podían aprovecharse de tal medio. Por eso se formaba una casta nueva, la de los más cultos. Los pocos libros que iban llegando y que tampoco podían caer en todas las manos, completaban la erudición, el saber de esa clase privilegiada. Tal como marchaban las cosas, íbamos a tener dos clases de esclavos: los hombres sometidos a dominio por su condición social y los ciudadanos ignaros, dependientes de los que por lo menos sabían leer y escribir. Nos atrevemos a decir que la verdadera independencia de nuestros países la realizó la democratización de la escuela.

Hecha esta digresión, se explica que los hombres de aquel momento actuaran a veces sin un sentido definido, y otros cayeran en las aberraciones más absurdas. En nombre del liberalismo o del conservatismo se podía negar el derecho de pensar y de actuar. Se podía llegar hasta el crimen. Por eso son condenables los extremos.

Nuestro Morazán actuó en Honduras, El Salvador y Guatemala, como liberal, no obstante haber recibido las primeras instrucciones de dos clérigos. La filiación liberal le valió la exaltación calurosa del doctor Montúfar.

En Costa Rica actuó Morazán imprecisamente. Llevó a la vicepresidencia de la Constituyente al presbítero don Isidro Menéndez, el clérigo salvadoreño que había sido el inspirador del Código de Carrillo y de toda la legislación que aquél vino a derogar. En esa misma Constituyente tuvieron asiento el padre don José Francisco Peralta y otros ciudadanos de ideas religiosas definidas.

Otro hecho que debe anotarse es el siguiente. Como resultado de la guerra de La Liga de 1835, en que las tropas josefinas organizadas por Carrillo entraron en Cartago, con el brigadier Villaseñor a la cabeza, —que más tarde había de volver las espaldas a su jefe—, se capturó la imagen de La Virgen de los Angeles, que los cartaginenses tenían por abogada. No se trataba de la verdadera imagen sino de una de las llamadas “Peregrinas”, según ya aclaró el distinguido historiador Monseñor don Víctor Sanabria. Esa imagen estuvo en el templo de La Merced de San José, desde el 15 de octubre de 1835 hasta julio de 1842 en que fue devuelta al templo de San Nicolás de Cartago. Hoy se venera en el templo de San Francisco de Guadalupe. (Véase *El Mensajero del Clero*, mayo de 1941).

Y a propósito de la Guerra de la Liga, queremos recoger un episodio que la historia no recuerda y que nos llegó por tradición de familia. Los soldados josefinos llevaban, entonces, como distintivo, una cruz de palma bendita, colocada en el sombrero. Y algún cartaginés volteriano formuló esta tonadilla:

“Señor mío Jesucristo,
Dios y hombre verdadero,
Sólo los josefinos
Te cargan en el sombrero”.

Muchos decretos firmó Morazán durante los cinco meses de actuación en Costa Rica, pero sólo uno tiene un alcance cultural; el que se refiere a la creación del Colegio San Luis Gonzaga. Fue una iniciativa de los constituyentes cartagineses don Félix Sancho y don José Francisco Peralta. Verdad es que el colegio no abrió sus puertas sino muchos años después. Pero se complació a los cartagineses.

Si no era tibio el liberalismo de Morazán, dicho está que por lo menos ya en él se había formado la naturaleza del político, que primero atiende a los intereses de momento, a las conveniencias sociales, para ganar adeptos, que a las propias convicciones personales.

8.—MORAZAN FRENTE A NAPOLEON EL GRANDE

La historia del tiempo de Alejandro, —apunta Maurois— no nos es conocida sino por biografías: la de Plutarco y la de Arriano. Como consecuencia, ese fragmento de historia ha sido siempre tratado incompletamente. Obsesionados por la imagen de Alejandro, los historiadores han descuidado examinar la evolución de la Macedonia, cómo este Estado infundió a la civilización griega lo que era su propia fuerza: industria, marina y armamentos; y no lo que le dio la felicidad: libertad individual y cultura estética”.

Morazán hizo la guerra donde quiera que fue. Y la guerra lo llevó al sepulcro. Buscamos en vano la obra perdurable, civilizadora que le diera prestigio eterno como hombre público. Su mejor galardón es el de haber sido un guerrillero afortunado. Y decimos afortunado porque las balas lo respetaron durante muchos años.

Dos veces fue presidente de la Federación Centroamericana; Jefe de Estado de Honduras, El Salvador y Costa Rica. Pero no encontramos, entre sus varios apologistas, una reseña de su obra de gobernante. Nuestro historiador González Víquez, cuya serenidad todos reconocemos, dice “que no había nacido para la faena diaria del gobierno, ni para los trajines administrativos, ni para conducir pueblos en paz”.

Si lo tomamos como militar, como capitán y caudillo, tropezamos con el juicio severo de nuestro don Julián Volio: “La Trinidad, el Espíritu Santo, Gualcho, San Pedro Perulapán, no son batallas sino simples escaramuzas al alcance de cualquier cabo de escuadra. Lo singular que en aquel hombre había, cae bajo la jurisdicción de los

tribunales de justicia". Contra lo que opina Montúfar, que salvando las diferencias geográficas compara la aureola de Morazán en nuestro suelo con la que rodeaba a Napoleón, en gran escala, al volver de Egipto.

Las comparaciones suelen ser peligrosas. En vez de hacer historia se puede caer en la novela histórica. Se crea un héroe, pero se desfigura la verdad. Peligrosa es la novela histórica. Goethe dice que la forma mixta de historia y novela destruye a ambas.

Napoleón ha sido calificado de genio de la guerra. Pero no es su empresa guerrera la que afirma su renombre. Más que militar fue político. Un genio político. Lo que hace supremos entre los hombres a César y a Federico, para decirlo con Ludwig. No importa el curso de las batallas; lo que interesa es su carrera política, sus ideas como fundador de estados y como legislador. La forma como enfoca y resuelve los problemas sociales de Europa. Hacemos un retrato moral. Napoleón analizado así, triunfa. Se impone su obra. Morazán decrece. No fue un genio militar; fue un guerrillero con éxito. Nunca, que sepamos, se ha presentado su táctica militar como ejemplo. Ninguna significación —salvo el arrojo del capitán— tienen sus acciones de armas. Ya consignamos las palabras de Volio, que lo analizó mucho tiempo antes, muy cerca de los hechos que comentamos. Llevó a cabo sus acciones con valentía, para lograr su objetivo; pero no fueron producto de un plan estudiado. Valor sí tenía Morazán. Era temerario en la guerra. Ambición también. Y la ambición hace nacer impulsos sobrehumanos, capaces de dar la victoria. Su romanticismo lo llevó a batirse cuantas veces fue necesario para lograr su ideal. Y con la misma serenidad llegó al patíbulo, convencido de que moría por ese ideal. El medio en que actuó era limitado. Ni armas ni ejércitos adiestrados en el arte de la guerra. Convertía a los prosélitos en soldados. Su atracción personal llevaba a las gentes a seguirlo. La confianza en el triunfo y la esperanza del botín les daba mayores fuerzas.

Como legislador se recuerda a Napoleón. El código napoleónico fue norma de muchos de los que posteriormente adoptaron las naciones de América. Quien estudia Derecho hoy día debe conocer el Código de Napoleón. De Morazán no se recuerda una sola ley de resonancia. Y contó con hombres versados en la materia, que fueron sus colaboradores: el doctor Molina, Saravia, y al final el padre Isidro Menéndez, el mismo que asesorara a nuestro Carrillo, en la promulgación de su código del 41.

Napoleón y Morazán labraron su propio destino. Algo sobrenatural los impulsó hacia lo desconocido. Uno terminó en Santa Elena y otro en el patíbulo. La creación de un imperio que abarcara toda Europa fue la suprema aspiración de Napoleón. La unión de los pequeños estados centroamericanos, la de Morazán. No hay proporción en las empresas. No busquemos paralelismo en estas vidas. No lo logaría ni Plutarco.

9.—LA ENTRADA TRIUNFAL EN EL JOCOTE

Hay necesidad, —escribía Leonardo Pena— una imperiosa necesidad de hombres que tengan conciencia de su dignidad, de su intelectualidad y de su individualidad; de hombres que sean hijos del idealismo emprendedor y creador y que tengan ese innato amor a lo bello, sin lo cual nada grande, ni justo, ni bello, puede hacerse; de hombres que tengan confianza en sí mismos; de hombres, en fin, que resuman y actúen con la fuerza potencial de los deseos que se agitan en las sordas muchedumbres y que tengan, si es posible, el extraño poder de ciertos espectáculos de la naturaleza que despiertan en nosotros el ansia de ser dignos de ellos”.

No basta fiar en las propias fuerzas ni en la suerte, que suele tener sus reveses. Morazán pasa de Caldera al Monte del Aguacate y se desvía hacia Sarchí, donde pernocta, el 10 de abril. Toma el camino hacia Alajuela, y llegando a San Josecito, vuelve por el camino de la Garita, para tomar la ruta del Coyol, a fin de seguir el camino de arrea de ganado. A poco andar sobre el camino del Coyol, se encuentra con las tropas de Villaseñor, que acampaban en el sesteadero llamado El Jocote. Un campo ancho, donde la sombra del jocote histórico y de los árboles que servían de cerca a las tres bocacalles que forman vértice, ofrecían al viajero sitio para el descanso. Es allí donde Villaseñor consuma su traición.

Durante más de medio siglo había estado ignorado ese punto del Jocote. Los costarricenses prefirieron olvidarse de la escena que se desarrolló. Ni la actitud de don Rafael Barroeta, —quien interrogado sobre la fórmula del pacto contestó simplemente: “Aquí no hemos venido a pactar sino a pelear”— amenguó la intensidad del hecho desleal que se consumó. Han subsistido otros nombres similares, El Jocote de Esparta, precisamente como con la intención de que el sitio del pacto se borrara en la penumbra del tiempo.

¿Cómo localizamos El Jocote? Reconstruimos con dos buenos amigos alajuelenses el camino que debió seguir Morazán, deseoso de evadir el paso por La Garita, sitio estratégico, donde siempre se mantenían vigías. Montero Barrantes señala el hecho de que Morazán pasó en Sarchí la noche del 10 de abril de 1842. Carrillo en su manifiesto de Puntarenas, fechado el 15 del mismo mes, dice que Villaseñor "no había cumplido sus órdenes de cubrir los pasos de Púas hasta que el general Morazán los había pasado y se presentó en las inmediaciones de Alajuela". Necesariamente, de Sarchí siguió hasta San Josecito de Alajuela. Pensar en que se desviara hacia Poás, parecía ilógico, ya que su idea era llegar a Alajuela y Heredia, rápidamente. Buscamos los hombres mayores que viven del lado sur de la provincia y los hicimos recordar si por esos contornos no hubo algún sitio que se denominara El Jocote. Supimos entonces que, efectivamente, hubo un sesteadero, en el camino de arrea de ganado, que se distinguió así, porque allí se distrataba de la sombra de un árbol frondoso, de esa especie. Fuimos al lugar. Dejando la carretera que de San Josecito va a La Garita, entramos por la callejuela que conduce al Coyol. A doscientas varas, o poco menos, está la bifurcación del camino que forma una explanada; que antes fue una sabana. Era la "calle de en medio o calle de arrea", nos dice don Aníbal Hernández Casares.

En la punta de diamante que se forma, tiene su propiedad don Eloy Morales Madrigal, quien la obtuvo, hace bastantes años, de doña Aquilea Quesada de Saborío, madre del licenciado don Adán Saborío. Al hacer el traspaso de la finca, esta señora le dijo:

—Conserve esta propiedad, porque este sitio es histórico.

El señor Morales Madrigal nunca había indagado por qué era histórico el paraje. Sí recuerda que a pocas varas de la cerca de su predio existió un enorme jocote, cuarenta años atrás. Opuesta a la propiedad del señor Morales Madrigal está la finca de don Alejandro Murillo. Al fondo noreste queda la de don Amado Alfaro, que radica en la ciudad de Alajuela. Un anciano de 81 años, don Juan Leopoldo Oreamuno, que creció por esos contornos, declara que conoció El Jocote. Y ya para la guerra de Barrios, el 85, fue como expedicionario, aunque apenas alcanzó a llegar a Esparta. Esa vía va a salir al matadero municipal de Alajuela y permite, también, seguir hasta Heredia, pasando por La Asunción y Belén.

Carrillo trató de evitar derramamientos de sangre, pero delineó bien su plan de rechazo de Morazán. Lo dice en su manifiesto de Punta-renas de 15 de abril del 42. Villaseñor, Jefe del Estado Mayor, salió de San José con 400 hombres a cubrir los caminos de Púas; en La Garita había 300 hombres, cuya totalidad retiró Villaseñor, dejando sólo 50. "No había cumplido las órdenes de cubrir los pasos de Púas". El Jocote estaba muy cerca de la ciudad de Alajuela. Véase también cómo, desde el primer momento, Villaseñor tuvo la idea de no combatir a Morazán. Inició su traición desatendiendo las órdenes recibidas y dejando franca la entrada a Morazán. Bajo la sombra del jocote se consumaron los hechos.

Carrillo ya estaba amargado por las decepciones y pensó que era mejor tomar el camino del exilio. También a él lo llamarían, cuando Morazán comenzara a hacerse sentir. Quienes llamaron a Morazán, para deponer a Carrillo, no movieron un dedo para evitar su muerte. Y el destino hizo que en el mismo patíbulo terminaran sus días, Morazán que depuso a Carrillo, y el militar infiel que hizo fácil esa tarea. Morazán fue recibido por lo que llamaríamos la intelectualidad de aquel momento. El prócer don Juan Mora Fernández fue uno de sus mejores amigos. Ocupó la vicejefatura y cuando culminó la tragedia, recogió el cuerpo exánime y lo cubrió piadosamente. Lo sensible, lo inaudito, es que Morazán se divorciara de la opinión pública. Que no comprendiera nuestra idiosincrasia. Que volviera por la imposición de gravámenes y las medidas duras que le crearon malas voluntades, odios profundos, después del triunfo de Gualcho. Se afirma que le faltaba la capacidad del estadista. Que a veces era sordo al consejo sabio y oportuno. Lo principal, lo fundamental en su estructura psíquica, era la aventura, la romántica concepción que planeaba, de una Centro América grande, consolidada por la espada. Como si lo eterno no fuera lo que crea el espíritu, lo que responde a un sentido de comprensión, de reflexión, y por qué no decirlo, de interés inmediato. Por eso la unión no ha sido posible en el curso de una centuria: porque se ha fallado en los planes para realizarla; ni la fuerza de las armas ni el poder de la idea romántica, por sincera que sea, harán el milagro. A Costa Rica vino Morazán a sabiendas de que le podía servir de trampolín. No le interesaba ni le podía preocupar tanto la dictadura de Carrillo, como la posibilidad de contar con un punto de apoyo para la realización de sus ideas unionistas. Así, antes de organizar su gobierno, ya tomaba las primeras providencias para reunir los fondos que exigía la aventura químérica.

10.—LOS ERRORES DE MORAZAN EN COSTA RICA.

Las situaciones políticas suelen oscurecer los ojos de los que escalan el poder. La luz impide a muchas aves ver en pleno día. Los halagos o los elogios, como las gotas de agua, empañan el vidrio e impiden la visión del conductor del carro. De paso anotamos que a nuestro Carrillo lo deslumbró el poder. Lo llevó a creerse indispensable y se declaró presidente vitalicio. Como lo apunta Molina: "es evidente que ni el despotismo ni la libertad se pueden crear o mantener por medio de reglamentos escritos; es preciso que uno u otro sistema existan realmente en las cosas y en las costumbres, esto es, en la condición social del pueblo que se gobierna". La ambición llevó a Carrillo a la tiranía. Pudo aducir que su obra de gobierno requería un mayor período, pero eso no mejoraba su situación. Las leyes no tenían fuerza para modificar el medio social, apegado a la paz, el orden y el respeto recíprocos. La alternabilidad del poder ya era una aspiración. Carrillo estaba caído, porque la opinión pública se había divorciado de él. Sus enemigos suspiraban por la terminación de su gobierno. Estaban dispuestos a apoyar a quien intentara deponerlo. En ese momento el dilema era salir de Carrillo. Los bienes que trajo su administración ya no compensaban los males que imponía la necesidad de mantenerse en el poder contra el sentir general.

Desembarca Morazán el 7 de abril en Caldera y se pone en marcha hacia el interior. La traición de El Jocote lo pone en condiciones de vencedor, sin un hecho de armas. El 12 de abril asume en Heredia la jefatura provisional del Estado. Cinco meses dura su administración, sin lograr consolidarse. Fue un período transitorio. Tampoco tuvo tiempo de demostrar sus capacidades de gobernante. Su pensamiento estaba fijo en la hora de tomar de nuevo la espada para someter a los otros países centroamericanos y formar la federación.

Resumamos los grandes errores de Morazán en Costa Rica.

a)—Dueño del poder, sin sacrificio de vidas ni de haciendas, se siente obligado a gobernar con sus fieles compañeros de aventura. Y el costarricense es individualista en ese extremo. El término extranjero tiene hondo sentido determinativo: *fuerero*, ajeno a los propios intereses. Quiere que sean los costarricenses los que manejen la cosa pública. Los recién llegados se sintieron vencedores e hicieron ostentación de su triunfo. La repulsa fue tomado cuerpo. Pudieron ser llamados, pero única-

mente para ayudar en la tarea de derrocar a Carrillo, no para que se inmiscuyeran en los asuntos domésticos. Pensar otra cosa, fue el primer error.

b)—Inicia la labor administrativa que alcanza a noventa y nueve decretos de la Constituyente, concretados a derogar la obra legislativa de Carrillo, para restablecerla a punto y seguido, a veces agravada en sus alcances. Sólo el decreto de creación del Colegio San Luis Gonzaga tiene una trascendencia social y cultural. Mas responde a una iniciativa de los cartagineses, a quienes deseaba agradar, ya que allí estuvo el foco anticarrillista.

El inspirador de la legislación de Carrillo, ya dijimos, fue el padre salvadoreño Isidro Menéndez, y Morazán, no sólo no lo alejó de su gobierno, sino que lo llevó a la vicepresidencia de la Constituyente. A los anticarrillistas no debió hacerles mucha gracia ese paso político.

c)—Vuelve al punto a pensar en la unión centroamericana; acaso también lo anima el deseo de vengarse de quienes lo habían obligado a salir de Guatemala, El Salvador y Honduras. Recluta soldados y establece exacciones. Las gentes huyen a la montaña, para evadir el servicio militar y el pago de los gravámenes que estiman injustos e innecesarios, y entonces les confisca los bienes y apela a otros extremos odiosos para obligar a los varones a presentarse a satisfacer sus deseos. El costarricense defiende su libertad y su bolsa. Como está apegado a la vida tranquila, repreuba toda tentativa de ataque a los vecinos. El ambiente que se formó fue tanto o más grave que el que rodeaba a Carrillo en sus últimos días de gobierno. Por lo menos éste era connacional. Era de los mismos.

ch)—Se produce la rebelión el once de setiembre. Las propias fuerzas destinadas a salir contra el resto de Centro América, se vuelven contra Morazán. Acto menos criticable que el ocurrido en El Jocote. Morazán, sin darse cuenta de la realidad, desoye al general don Antonio Pinto, que se vio colocado a la cabeza del ejército, según expresión recogida por Fernández Guardia. Siendo Pinto de origen portugués, se había connaturalizado con el sentir costarricense y piensa en economizar sangre. Morazán determina resistir. Logra evadir el cerco que le habían formado, después de que rechazó toda posibilidad de arreglo, y se traslada a Cartago. Para unos, en un supremo intento de rehacer sus filas; para otros, buscando la escapada. Era ya un vencido. Dejó la impresión de que huía. La debilidad del enemigo reaviva la fiereza

del contendiente. Esto es lo humano. Se acercaba la hora trágica. El valor con que llegó al patíbulo fue la final constancia, la definitiva, del valor de Morazán.

Resumiendo, no rompió Costa Rica la Federación, ni fue culpable del trágico fin de Morazán. El mismo creó el clima de la revuelta. El mismo se negó a oír las proposiciones de Pinto. Nos duele, aún, ese final; pero es el que corresponde a un idealista que llega hasta el sacrificio por su causa.

Carrillo y Morazán fueron polos opuestos. Carrillo hombre de acción, práctico; de dimensión más amplia. Pensó en el progreso de su país y realizó todo cuanto pudo, a costa de todas las enemistades; de acuerdo con su mentalidad política. Había que crear recursos e impuso tributos; había que poner orden y dictó leyes y códigos. Y los aplicó con rigor.

Morazán era iluso. Confiaba en su buena estrella. La idea de grandeza geográfica le absorbía y le vendaba los ojos. Los medios de realizar su idea no importaban. Lo interesante era poner en práctica sus planes. La fuerza de las armas era su suprema ley. La antítesis de Carrillo que fiaba más en la fuerza de la ley.

11.—LA CASA TRAGICA DE DOÑA ANA CLETA ARRESTO DE MAYORGA

Morazán creyóse seguro en Cartago. El les había devuelto la imagen peregrina de la Virgen de los Angeles. Solamente en un extremo no los complació: en el restablecimiento de la capital. En cambio sancionó el decreto de la Constituyente creando el Colegio de San Luis Gonzaga.

Pero la desgracia rodeaba a Morazán. La casa de doña Ana Cleta fue la antesala del patíbulo. Describamos esa mansión: altas las paredes de gruesos adobes; situada en la esquina que hoy ocupa el Teatro Apolo. Al lado este tenía tres ventanas, la primera con rejas, al estilo español, decorada en la parte superior con un escudo. Las otras dos ventanas eran de madera, con una reja de columnas torneadas, como una sarta de bolitas.

La entrada principal miraba al norte; había una parte metida, con un corredor al frente y un grueso portón, con rejas, que dejaba mirar al interior. Un corredorcito enclaustrado, con una puerta al este que daba al salón principal. El adorno de éste era severo: una mesa

que bajan de las faldas del Irazú se deslizaran hacia el sur; dejando en el ambiente un susurro de raras orquestaciones. El terremoto de Santa Mónica hasta varió la topografía. Las fuentes tomaron otro rumbo; perdieron interés los puentes tendidos sobre la vía pública y se terminó para siempre la belleza que daban a la vieja ciudad de Vázquez de Coronado, las aguas murmurantes, la romántica tradición colonial.

Hay que creer en la fatalidad. Nuestro historiador don Ricardo Fernández Guardia establece claramente esta circunstancia. Fue la fatalidad la que impulsó a Morazán hacia Cartago; la que hizo imposible que se formalizara el convenio del 14 de setiembre de 1842 con Espinach; como había obstaculizado la entrega de la carta de don Antonio Pinto, sobre las condiciones del rendimiento; y la fatalidad hizo que el motín de orden político, promovido en San José, culminara con la muerte del caudillo y de su aliado Villaseñor. La muerte suele poner un manto de olvido sobre los odios y las pasiones. Al paso de Morazán hacia el patíbulo, no hubo sino el respeto y la admiración para el general vencido; al caer el cuerpo exánime, un piadoso silencio fue como el homenaje póstumo a quien supo jugarse la vida en diferentes acciones de armas. Las grandes causas deben tener sus mártires. Morazán lo fue del sentimiento unionista que embargó todo su ser; que inspiró todos sus actos; que lo llevó al sacrificio; estoicamente.

12.—FINAL QUE DEBIO SER UN RESPONSO

El modo único de revivir a los muertos consiste en acordarse de ellos. De sus merecimientos y de sus errores, cuando se trata de hombres públicos. No puede el historiador desentenderse de ambos extremos. De improvisado guerrero califica Hernández de León a Morazán. Y agrega que de covachuelista, ascendía a la categoría de general, y en año y medio llegaba a ser la primera espada de la República. Morazán en un corto plazo se desligaba de la sotana de su tío, el cura de Texiguat, para llegar a imponer su voluntad a su Ilustrísima, el señor Casaus y Torres. Son curiosas las transformaciones: el mozalbete que musitaba a diario la doctrina cristiana, de rodillas ante el modesto cura de la sierra hondureña, se alza con altivez soberana ante la dignidad arzobispal y la echa sobre las costas del Norte, para que se la tragaran las olas del mar. Morazán levanta, el primero, en América, la bandera de las revoluciones sobre el mundo de las conciencias... Aquí está el origen de la admiración de Montúfar.

Morazán era un soñador. Un idealista. “Soñar siquiera es ya el principio de una perfección”, dijo el maestro Galdames. “La quimera divaga en lo infinito pero su sombra es una realidad”.

Si cada hombre trae su destino escrito y no puede sustraerse a la pauta marcada, Morazán cumplió el suyo. Su gran ideal fue el de unir a los pueblos de Centro América. Pensó en asegurar la independencia, reafirmando la unidad geográfica. Ya en 1797 se firmaba el Pacto de los Americanos en París, precursor de los iniciales movimientos de independencia. “La libertad de un mundo iba a salir del caos de los siglos”. La idea de la federación de los pueblos latinoamericanos era vieja y brotó de la cabeza de un genio. Morazán, como Miranda, debía ser ejecutor de un plan y el mártir de él. Bolívar soñó una patria muy grande. La han soñado después de él muchos otros. ¡Cuántos han pensado y han alentado el ideal latinoamericano! Pero el ideal sigue vivo. Morazán, al tratar de unir a Centro América se adelantó a su época. El romanticismo que lo animaba le vendió los ojos. Actuó fuera del medio y de la época.

La Revolución Francesa acabó en Bonaparte; Napoleón acabó en Santa Elena, dice Luis Zulueta. El tiro de gracia ultimó la vida de Morazán, “que supo de las grandes victorias, que gozó de los grandes triunfos y que saboreó los más crueles dolores”.

Por su romántico gesto, por su fe en la unión, por su gran voluntad que lo levantó desde la cuna humilde hasta la jefatura de varios estados, Morazán es inmortal. Prueba, que se le recuerda, se le discute y se le critica al cabo de una centuria.

El gran José Cecilio del Valle, en su discurso de 10 de julio de 1831, apuntaba: “Si queremos que subsista lo político, pensemos, como corresponde, en lo económico. Tener derechos y vivir desnudos, sería muy triste vivir”. Es una real concepción política. Los pueblos quieren libertad, quieren justicia, pero también piden pan; piden bienestar. No pueden desatenderse los problemas económicos, agrícolas y sociales. Los románticos no pueden gobernar. No se vive de ilusiones. Lo sensible, lo trágico, es que los hombres de gran esfuerzo, de voluntad firme, de valor temerario, no puedan unir a sus acciones románticas, a sus ensueños quiméricos, la realización de planes materiales; de ejecutorias que los hagan hombres del presente. El idealismo debe tener arraigo terrenal.

Haydn, el eminentе compositor, solía rezar sus oraciones, al despertar cada mañana, para pedir la gracia de la inspiración, antes de sentarse al piano. Ya en la tarea, si sentía dificultades, volvía a implorar la gracia. El genio buscaba en lo Alto la inspiración y las fuerzas necesarias para triunfar. Nosotros hemos invocado los propios manes de Morazán para que iluminaran nuestra mente y guiaran nuestros pasos. Que no ha sido el propósito restar altura a su gloria. Pero es lo cierto que cuando el retrato se retoca a porfía, la persona no se conoce; la fotografía parece ser la de otra. Si crece alta la maleza o las trepadoras de luciente florescencia, aunque la fronda dé gracia al paisaje, se amina la amplitud del panorama. El exceso de elogio desfigura la personalidad. Efecto contrario al que se busca. Ningún otro mérito nos gustaría alcanzar, que el de haber contribuído a establecer la verdad. Y para terminar, reafirmo que la fraternidad de las naciones centro-americanas sólo se cimentará sobre bases sólidas, cuando se haga la revisión de su historia.

Francisco María Núñez.

Setiembre de 1942.

Í N D I C E

1.—ASPECTOS DE LA VIDA Y DE LA OBRA DEL DR. DON JOSE MARIA CASTRO MADRIZ

Ensayo leído en la Sesión Pública organizada por la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica, con motivo de celebrarse el centenario de la promulgación del decreto de 1848, que sustituyó el nombre de Estado por el de República a nuestro país. Pág. 7.

2.—BRAULIO CARRILLO, REPRESENTATIVO DE SU EPOCA, ORGANIZADOR DE NUESTRA NACIONALIDAD.

Leído en la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica el año 1945. Pág. 21.

3.—INTERPRETACION HISTORICA DEL MOMENTO MORAZANICO.

Estudio leído en la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica (anteriormente Sociedad de Geografía e Historia), con ocasión de cumplirse cien años del fusilamiento del General Francisco Morazán, el 15 de setiembre de 1942. Pág. 49.